

CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LAS POETISAS GIENNENSES EN EL SIGLO XIX

M.^a Isabel Sancho Rodríguez

RESUMEN

En la poesía giennense del siglo XIX hay una numerosa participación femenina. Es constante la presencia de poetisas en la vida social y cultural del Jaén de esa época. Sus obras, no obstante, se encuentran dispersas en periódicos, folletos, coronas poéticas y florilegios, a veces difíciles de encontrar.

Aunque de algunas sólo conocemos uno o dos poemas, hay poetisas de abundante producción cuya resonancia traspasó los límites provinciales. Por ello he dedicado especial atención a las figuras más destacadas: Josefa Sevillano, Isabel Camps y Patrocinio de Biedma.

ABSTRACT

There's a large number of women writers in Jaén during the XIXth century. The role of the poetesses in Jaén social and cultural life is outstanding. Nevertheless, their works are scattered in newspapers, magazines, leaflets, handbills, pamphlets and anthologies which are frequently difficult to find.

In some cases, just two or three poems are known. Others have a more copious production. Fame and reputation of a little number went over the local limits. That's why I have devoted a higher effort to the outstanding figures.

EN un primer momento, al comprobar la absoluta carencia de un estudio de conjunto o de una panorámica general de la poesía giennense del siglo XIX, pensé que podría ser interesante intentar una aproximación, sin pretensiones exhaustivas al tema.

Pronto, sin embargo, al ir acopiando documentos, periódicos, folletos, coronas poéticas, florilegios y poesías autógrafas comprendí que debía reducir el campo de trabajo. Más tarde advertí que la nutrida presencia femenina en la poesía permitía abordar un aspecto igualmente desconocido pero propicio a un trabajo con mayores posibilidades totalizadoras.

En la poesía giennense del siglo XIX hay una numerosa participación de poetisas. Su presencia es constante en la vida social y cultural del Jaén de esa época.

Estas autoras no vivieron aisladas ni formando un grupo marginado. Rivalizaron con sus compañeros que, con galantería decimonónica y condescendencia caballerosa, las aceptaban en sus publicaciones.

Son muchas las mujeres que escribieron poesía en el siglo XIX, aunque fueron pocas las que vieron sus obras impresas, a no ser en las publicaciones periódicas, por eso su obra se encuentra dispersa y, a veces, difícil de encontrar.

Lo cierto es que el término poesía quizá sea demasiado elevado para denominar las composiciones de muchas de ellas.

De otras tan sólo conocemos uno o dos poemas aparecidos aquí o allá, pero las hay de abundante producción, cuya resonancia traspasó los límites provinciales.

Ha dedicado especial atención a las figuras más destacadas: Josefa Sevillano, Patrocinio de Biedma e Isabel Camps. La primera, aunque no nacida en Jaén, quedó permanentemente ligada a nuestra ciudad por lazos conyugales, afectivos y literarios, y en Jaén murió.

Aunque el profesor Jiménez Almagro esté a punto de publicar su trabajo sobre Patrocinio de Biedma, no podía dejar esta panorámica de la poesía femenina giennense en Jaén en el siglo XIX sin su figura más representativa, al menos estudiar las composiciones que publicó en Jaén y que están, en su mayor parte, en colecciones difíciles de manejar.

En Jaén publicaron sus poesías otras poetisas no giennenses.

Las más destacadas son las granadinas Enriqueta Lozano de Vilches y Rogelia León y la sevillana Clemencia Larra.

De la primera, Enriqueta Lozano, ya me ocupé en un trabajo anterior y, por tanto, a él me remito (1).

La participación de Rogelia León en publicaciones de Jaén se limita a una composición en los *Obsequios poéticos a la Virgen de la Capilla* de 1864, que empieza: «¡Venid! ¡venid cantores de la oriental Granada!...», canto brillante y entusiasta pero que no justificaría su inclusión en este estudio.

Clemencia Larra pasó un período mal determinado de su vida en Jaén y durante ese tiempo se incorporó plenamente a la vida cultural y literatura local. Sólo se puede documentar con seguridad su estancia en Jaén desde 1880 hasta 1883, aún así su compenetración con el mundo cultural giennense fue intensa.

Dos fueron las poesías que Clemencia Larra publicó en Jaén: una en los *Obsequios poéticos a la Virgen de la Capilla* de 1881 titulada «Bajo la advocación de la Capilla». La otra, titulada «Plegaria», se publicó en dos partes en el periódico *Jaén* los días 8 de diciembre de 1882 y el 1 de enero de 1883. Ambas, como se ve, son de tema religioso, lo que plantea la extrañeza de que su presencia en los *Obsequios...* no se prodigara más durante su estancia en Jaén. Sin embargo, es lo cierto que no se conocen más poesías giennenses que las citadas. Con estos escasos ejemplos no creo que la lectura más completa de la obra de Clemencia Larra me hiciera estimarla más. Ciertamente, el glorioso apellido no recibe nuevo lustre.

He atendido a la posibilidad de descubrir rasgos que definieran algo así como «poesía femenina». Honestamente he de confesar que no me parece que tales rasgos existan. Escriben acerca de los mismos asuntos y con espíritu e ideología similares a sus compañeros. Si acaso es posible subrayar la voluntaria ausencia de ciertos temas que tal vez consideraran demasiado «viriles»: la duda religiosa, la entonada oda patriótica o la reflexión más o menos filosófica. La única escritora a la que podemos incluir entre las incipientes feministas, Patrocinio de Biedma, reservó sus energías para la prosa polémica y el folleto reivindicativo.

JOSEFA SEVILLANO

Esta poetisa, aunque no nacida en Jaén sino en Sevilla, en Jaén desarrolló su fecunda actividad literaria y su intensa vida social. En su primera época firma Josefa Sevillano de Roby y, más tarde, de Toral, utilizando los apellidos de sus sucesivos maridos, aunque su segundo apellido era Morillas.

(1) SANCHO RODRÍGUEZ, M.^a Isabel: «Una poetisa granadina en Jaén. Enriqueta Lozano de Vilches». *Guadalbullón*, núm. 4, 1985, Jaén.

Las noticias acerca de su vida son muy escasas, especialmente por lo que se refiere a su juventud. Nació en Morón (Sevilla), según los datos que poseo, en 1829 aunque en un acta notarial de 1870 figura con cuarenta y cuatro años (2).

A partir de 1867 su nombre aparece ligado constantemente a veladas, tertulias literarias, coronas poéticas, homenajes y colaboraciones en periódicos, revistas y álbumes.

Su dedicación literaria no puede calificarse de precoz, pues hasta después de 1867 en que aparece con profusión en distintas publicaciones giennenses, sólo he podido registrar una poesía de 1862 que cita Cossío como publicada en *La Violeta* (3). La opinión que merece a Cossío no puede ser más pobre: «vulgar y tópica es la dirigida “A la rosa” por Josefa Sevillano, fallecida en 1878, que había de continuar su carrera en otras revistas sin alcanzar nivel apreciable (4)».

Más escueta es aún la referencia de Criado Domínguez, que dice simplemente: «Poetisa colaboradora de la *Revista literaria de Madrid*, órgano de los cervantistas españoles» (5).

Por su parte, la conocida generosidad de Cazabán no le impide, dentro de un tono edulcorado y cortés, caracterizar con agudeza la poesía de Josefa Sevillano:

«Andaba entre ellos (los versos de la época) suelta la inocencia y la sencillez (...). Apacibilidad en la rima y apacibilidad en los pensamientos. Azul y rosa combinando sus colores sobre el fondo blanco de las cuartillas o sobre el blanco purísimo de su alma. En este género tranquilo, plácido, Josefa Sevillano escribió mucho y los periódicos tuvieron a gala su colaboración asidua y valiosa» (6).

No hay que ser muy sagaz para leer entre líneas y adivinar los equilibrios que hace el bueno de Cazabán para no traicionar sus opiniones sin ofender la memoria de una dama apreciada y prestigiosa en los círculos en que se movía.

(2) Libro de desposarios de San Bartolomé 159 vltto. matrimonio de Josefa Sevillano («natural de Morón, Prov. de Sevilla y vecina de esta parroquia») con don José Toral y Bonilla, el 30 de octubre de 1873.

Por otra parte, en el Archivo Histórico Provincial en un legajo de M. Candaliya y Uribe 7440, fechado el 19 de septiembre de 1870 figura Josefa Sevillano («vecina de los Villares, viuda del comandante Fernando de Roby, de cuarenta y cuatro años»).

CAZABÁN, Alfredo: *Poetas y poesías*, Jaén, 1911, p. 187 (Nacida en Sevilla en el año 1829). Según lo anterior la fecha de nacimiento debería ser 1826 (¿?).

(3) COSSÍO, José María de: *Cien años de poesía española (1850-1900)*, Espasa Calpe. Madrid, 1960, T. II, 149.

(4) COSSÍO, José María de: *op. cit.*, tomo I, p. 72.

(5) CRIADO DOMÍNGUEZ, Juan Pedro: *Literatas españolas del siglo XIX*. Madrid, 1889.

(6) CAZABÁN, Alfredo: *Poetas y poesías*, Jaén, 1911, p. 187.

En general fue una poetisa de abundante producción que mantuvo un tono de discreta altura y dignidad literarias, siempre impregnados sus versos de sincera religiosidad. La forma de éstos es siempre cuidada —atildada, tal vez—. En ocasiones consigue expresarse con hondura y aún patético lirismo. En estos contados casos, llega a conmover. Pero, en general, sus poesías no van más allá de una grata medianía.

Colaboró en los siguientes periódicos y revistas:

La Violeta (Madrid, 1862)

El Cero (Jaén, 1867-1868)

Obsequios a la Virgen de la Capilla (1868, 1869, 1870, 1871, 1875, 1876 y 1877)

La Fe Católica (Jaén, 1869-1970)

La Semana (Jaén, 1877-1878)

Cádiz (Jaén, 1877)

El Industrial (Jaén, 1878)

Jaén (Jaén, 1883)

La Niñez (Madrid)

Revista literaria (Madrid)

La Regeneración (Jaén, 1919) (7)

He podido encontrar la casi totalidad de las publicaciones citadas y aparecidas en Jaén y a ellas he de ceñir mis comentarios.

A estas noticias debo añadir las encontradas en *El Ramillete* (8), «Corona poética en memoria de la señorita D.^a M.^a Antonia Rodríguez de Gálvez» (9), «Ramos de pensamientos que a la Santísima Virgen de la Cabeza, Patrona de Andújar, le dedica su hija devotísima la Sra. D.^a Francisca de Lemus de Flores Suazo» (10).

Asimismo, el *Álbum de El Industrial* publica 23 poesías con el nombre de Josefa Sevillano de Roby.

Igualmente, he podido encontrar dos poesías en hojas volanderas y otras dos autógrafas.

Los últimos años de su vida nos son más conocidos en detalle gracias a las noticias que nos proporciona Ruiz Jiménez (11) y la colección de la revista *La Semana*.

(7) Información procedente de don Manuel CABALLERO VENZALÁ.

(8) *El Ramillete*, Jaén, 15 de julio 1871.

(9) Jaén, 1877.

(10) Jaén 1884.

(11) RUIZ JIMÉNEZ, Joaquín: *Recuerdos de antaño*.

Ruiz Jiménez, recordando la apertura del Ateneo, dice: «... fueron oídas poesías de D.^a Josefa Sevillano de Toral y de la Srta. Isabel Camps» (12).

Más adelante, al relacionar a los colaboradores de la *Revista Semanal*, incluye a Josefa Sevillano junto con Patrocinio de Biedma, Beatriz de Gassó y Ortiz, Rosario de Acuña, Capilla Romero de Martí y Sofía Tartilán entre las poetisas (13). Felizmente, he podido encontrar un único número de la *Revista Semanal*, el número 4, del 23 de abril de 1874. Todo él está dedicado en homenaje a Cervantes y tras un trabajo en prosa de Ruiz Jiménez, encontramos poesías de Isabel Camps, Blanca de Gassó y Ortiz, Bernardo López. Almendros Aguilar, Juan Caballero, Antonio García Negrete, Moreno Castelló, Montero Moya, Palma Camacho y, efectivamente, Josefa Sevillano. La poesía dedicada a Cervantes, como es natural, comienza: «Existe aunque murió...».

En la misma obra (14) nos proporciona Ruiz Jiménez la siguiente e interesante noticia:

«Y presentóse, por primera vez, una notable comedia en verso de D.^a Josefa Sevillano de Toral titulada “Entre el hijo... y el hermano”, interpretada por varias de las señoritas y señores antes nombrados y por su hija Dulcenombre Toral, espléndida hermosura, que admirábamos los que hemos sabido siempre ser devotos de la verdadera belleza allí donde se encuentra atesorada. El éxito fue clamoroso.»

La verdad es que Don Joaquín concede poco espacio a la crítica literaria y mucho a la crónica de sociedad pero, al menos, nos da noticia de una obra de teatro de Josefa Sevillano hasta ahora desconocida.

El propio Ruiz Jiménez nos informa en *La Semana* del 27 de septiembre de 1877 (número uno de la revista) y en la sección «Ampliaciones» de los colaboradores con que va a contar:

«... Entre los vivos, la *infatigable* señora doña Josefa Sevillano de Toral; la *ilustrada* directora de Cádiz, doña Patrocinio de Biedma; la *modesta*, hoy autora dramática, señorita Isabel Camps y Arredondo; la *laureada*, doña Rosario Acuña; la *laboriosa*, señora doña Capilla Romero de Martí...»

Me he limitado a la lista de poetisas y subrayado por mi cuenta los adjetivos tan matizados que les adjudica Ruiz Jiménez, testigo excepcional del momento poético y amigo de todas ellas. A poco que reflexionemos, no nos pa-

(12) RUIZ JIMÉNEZ, Joaquín, *op. cit.*, p. 420.

(13) RUIZ JIMÉNEZ, Joaquín, *op. cit.*, p. 422.

(14) RUIZ JIMÉNEZ, Joaquín, *op. cit.*, p. 423.

rece el «infatigable» de Ruiz Jiménez tan alejado de los elogios con sordina de Cazabán.

Teniendo esto en cuenta, las alabanzas que siempre dedica Ruiz Jiménez a la señora Sevillano resultan mitigadas y hemos de cargárselas a cuenta de la proverbial galantería del ilustre político y a la fraternal amistad que le unía con Don José Toral y Bonilla, esposo de la poetisa.

En párrafos siguientes de *La Semana* podemos seguir las actividades literarias y sociales de nuestra autora, como, por ejemplo, la invitación que se le hace a participar en el homenaje anual a Carlos III que organiza la Económica; es la única dama, en compañía de Moreno Castelló, García Negrete, Caballero, Montero Moya y Almendros Aguilar. A este acto colabora Josefa Sevillano con una poesía de circunstancias alusivas al acto.

En este mismo número se nos informa de que:

«La distinguida poetisa doña Josefa Sevillano de Toral ha dado la última mano a un drama histórico titulado «El día de San Ildefonso». De él nos proponemos ocuparnos extensamente y, por hoy, sólo diremos que hace algunas noches su aplaudida autora nos hizo el honor de citarnos para su lectura que tuvo lugar, con mucho agrado por nuestra parte, y que en uno de los momentos de descanso fuimos obsequiados con un delicado “buffet” servido con toda la galantería que distingue a tan amable señora y a su apreciable esposo Don José Toral y Bonilla.»

No tengo noticias de que tal drama histórico llegara a representarse, ni mucho menos, a publicarse pero sirve, al menos, para incorporar un nuevo título a la producción literaria de Josefa Sevillano al mismo tiempo que nos evoca un delicioso cuadro de costumbres, muy decimonónico, de la lectura en casa de una dama de la alta burguesía rodeada de fieles y complacientes amigos que no saben qué elogiar más si la exquisitez literaria de la anfitriona o la generosidad del «buffet».

El galante Ruiz Jiménez describe así la sesión en honor de Carlos III:

«La eminente poetisa señora Sevillano de Toral, nos dispuso el honor de leer una preciosa composición en la que campea el sentimiento, como en tantas otras debidas a su fecunda pluma y que, por cierto, mereció nutridísimos aplausos de cuantos tuvimos la dicha de escucharla. Damos gracias a la señora Sevillano de Toral por su bondad inagotable y le enviamos nuestra más cordial felicitación.» (15)

(15) RUIZ JIMÉNEZ, Joaquín: *La Semana*, 15 de noviembre de 1877.

Precisamente, a la inquietud de Josefa Sevillano, entre otros, se debió la iniciativa de celebrar periódicamente unas veladas de la recién nacida «Sociedad Literaria» que estaría dirigida cada vez por un poeta, bajo la sombra tutelar de la Económica. Tal iniciativa prosperó y se celebraron varias veladas hasta que, la que iba a ser dirigida por nuestra poetisa, hubo de ser aplazada primero y suspendida después, por la enfermedad de Josefa Sevillano que iba a ser causa de su muerte.

En la crónica de la tercera de estas veladas se destaca a Josefa Sevillano:

«La señora Sevillano de Toral nos dio una prueba más de su brillante estro, de su fecunda imaginación y de la versificación sonora, fácil y fluida que tanto le distingue, en la lectura de un romance que muy bien puede llamarse modelo en su género y que dedica a disputar un premio en unos juegos florales.» (16)

La quinta velada, que no llegó a celebrarse, era la encomendada a la señora Sevillano; su enfermedad lo impidió y puso término a dichas veladas. Lo cual, creo yo, debe de interpretarse como muestra del protagonismo de la poetisa.

En varios de los números siguientes de *La Semana*, abundan las referencias a la enfermedad progresivamente agravada de la escritora. En el mes de abril, correspondiente a la Semana Santa, se inserta una poesía suya dedicada a Nuestro Padre Jesús con una patética nota: «en el día de Viernes Santo doña Josefa Sevillano de Toral leyó a Nuestro Padre Jesús esta poesía al pasar la procesión delante de su casa». En su momento, al comentar la citada poesía, comprobaremos qué angustia desesperanzada inspiró a la poetisa en la cercanía de su muerte.

La última y desesperada nota de *La Semana* relativa a su enfermedad, corresponde a finales de agosto y dice así:

«La distinguida poetisa doña Josefa Sevillano de Toral se encuentra en gravedad suma en la terrible enfermedad que padece. Los recursos de la ciencia son impotentes alguna vez y sólo queda la esperanza en el Todopoderoso. Nosotros pedimos a Dios salud para la ilustre enferma y resignación para la atribulada familia.» (17)

En efecto, pocos días después, el 6 de septiembre, falleció. A la obra poética ya citada, hemos de añadir la novelita por entregas publicada en *La Semana* a lo largo de diecisiete números titulada «Julia de Sandoval».

Según esto podemos fijar el cómputo provisional de la obra no poética de Josefa Sevillano así:

(16) *La Semana*, 31 de diciembre de 1877.

(17) *La Semana*, abril de 1878.

Julia de Sandoval (novela).

Entre el hijo... y el hermano (comedia en verso).

El día de San Ildefonso (drama histórico).

Tenemos noticias de que también publicó y estrenó en el teatro una «Loa al Santísimo Sacramento» con ocasión de las fiestas del Corpus.

COLABORACIONES EN PUBLICACIONES DE JAÉN

Colaboraciones en *El Cero*.

El Cero es un periódico joco-serio que se titulaba «Periódico literario de brocha gorda» y que se publicó desde el 8 de febrero de 1867 al 28 de ese mismo mes de 1868. En total 52 números, vida relativamente dilatada para un periódico cuyo peso gravitaba casi exclusivamente sobre un único redactor y propietario, don Manuel Genaro Rentero.

En este periódico aparecen las más antiguas poesías de Josefa Sevillano publicadas en Jaén.

Cinco de ellas son de circunstancias. La primera con motivo de la felicitación en un cumpleaños, «A mi sobrina Concepción Nicelant de tres años de edad», escrita en octavillas agudas.

La siguiente: «A mi amada madre en su muerte». La solemnidad del momento lleva a la poetisa a elegir estrofa más ambiciosa y clásica: el cuarteto endecasílabo. La concepción con todo es pueril y vulgar.

Ya es sabida la enorme diferencia lírica que existe entre la poesía necrológica —normalmente de cumplimiento y cortesía— y la auténtica elegía que ha dado a nuestra lengua alguna de sus más sublimes composiciones. En el caso de Josefa Sevillano, lo cual puede dar la auténtica medida de su talla lírica, no pudo elevarse desde la tópica necrología a la sentida elegía. Hemos de conformarnos con una poesía plagada de exclamaciones que, a fuerza de lugares comunes, resultan frías e insinceras. De todo ello pueden dar testimonio los dos últimos cuartetos, tal vez lo más salvable de esta mediocre composición:

«¡Y las viera del sol en los destellos,
y en la amapola que se mece ufana,
y en el viento que agita mi ventana,
y en el aire que riza mis cabellos!
¡Ora contempla su cadáver yerto
transida el alma de dolor profundo,

y es estrecho ¡gran Dios! estrecho el mundo
a contener las lágrimas que vierto!»

«A mi amada hermana Eloísa» es otra poesía ocasional, género que tanto cultivó la poetisa. Se trata, en realidad, de una poesía consolatoria con motivo del reciente dolor por la muerte de su madre. Rezuma pesimismo y desolación: toda belleza, toda bondad han nacido para morir:

«Y hasta la cándida flor
que sus perfumes exhala,
a quien amante regala
el rocío su cristal;
que le acaricia el ambiente
y el céfiro la enamora,
llora, mi Eloísa, llora
la ausencia primaveral.
Hoy, que en la aflicción profunda
nos sumió la muerte impía,
¡lloremos, hermana mía,
lloremos juntas las dos!
¡Que, aunque es verdad que la vida
está de amargas llena,
para aliviar nuestra pena
nos ha dado el llanto Dios!

Una nueva poesía dedicada «A mi joven amiga Eugenia de la Rocha» tal vez por la ligereza juguetona de las redondillas, tal vez por la ternura amistosa que desprende resulta más agradable de leer. Especialmente estas dos redondillas descriptivas y de cierto aire popular:

«Era mate su blanca,
negros sus rasgados ojos,
corales sus labios rojos,
modesta, graciosa y pura.
Esbelta como la palma
que agita ligera brisa;
deja entrever su sonrisa
lo cándido de su alma.»

La siguiente es una poesía religiosa; más preciso aún, mariana, género que tanto habría de cultivar. Está dedicada «A la Virgen María» y comienza «¡Salve, Virgen purísima! Estrella luminosa...!»

Esta poesía, en serventesios alejandrinos, es la primera muestra de la estimable calidad que, intermitentemente, había de alcanzar nuestra poetisa.

Volverá a publicarla en *Obsequios poéticos a la Virgen de la Capilla* de 1871 y en el *Álbum de El Industrial*.

No dejan de advertirse en ella influencias muy próximas de Almendros concretamente lo muestran los siguientes versos:

«El sol siente orgulloso el peso de tu planta,
alados querubines te sirven de escabel,
el mar por ti se calma si airado se levanta
y bordan las estrellas espléndido dosel.
Por ti las azucenas, la rosa nacarada
exhalan su perfume, su aroma embriagador;
por ti sólo, María, se escucha en la enramada
el canto melodioso de amante ruiñeñor.»

Cotéjense ahora con los siguientes versos de Almendros correspondientes al poema «La soledad de una Madre»:

«Por ti la mar se calma y el desatado viento,
por ti la nube empuja, haciéndola rodar
y, desde el que has tornado tranquilo firmamento,
baja su aliento y hace los rizos de la mar...
Por ti la noche luce su multitud de estrellas
que miran a tus ojos para que luz les des...»

No creo preciso destacar las coincidencias que no se reducen sólo a la anáfora «por ti...» de tan larga tradición desde, por lo menos, Garcilaso hasta Bernardo López. Subrayemos solamente la casi total coincidencia de versos como «el mar por ti se calma si airado se levanta» (Sevillano); «por ti la mar se calma y el desatado viento» (Almendros); o «y bordan las estrellas espléndido dosel» (Sevillano); «por ti la noche luce su multitud de estrellas» (Almendros).

Más significativo que la similitud de unos sintagmas es, quizá, la identidad de las estrofas: serventesios alejandrinos con rima aguda en los pares, lo que les proporciona una semejanza rítmica que permite pensar que Josefa Sevillano siguió muy de cerca un modelo tan próximo a ella por amistad y admiración.

La poesía que dedica en *El Cero* a «A mi amiga Patrocinio de Biedma» y que luego será recogida en el *Álbum de El Industrial*, es una composición interesante en la que la poetisa se permite libertades métricas hasta el momento no intentadas por ella. Se trata de estrofas de cuatro versos distribuidos de la siguiente manera: 11 (libre)-11A-11A-7b. Cada dos estrofas riman los heptasílabos en agudo.

El fondo es triste, pesimista y hasta premonitorio. Es una muestra evidente de cómo un poema que, por su dedicatoria, podría parecer intrascendente y de oportunidad puede llegar a constituir una de las poesías más emotivas de la

autora. Véanse las estrofas finales en las que refleja fraternal amistad y una admiración por doña Patrocinio que en la última estrofa se desborda en patetismo:

«Yo seré para ti, mi fiel amiga,
 como siempre tu hermana cariñosa,
 y en tu trova sentida y melodiosa
 beberé inspiración.
 Que si hoy, por dicha, los cantares míos
 unidos van a tu laúd sonoro
 que dulce brota de sus cuerdas de oro
 de armonía un raudal,
 acaso del destino los rigores
 vertiendo llanto, Patrocinio mía,
 te harán alzar sobre mi tumba fría
 ¡tu canto funeral!»

Colaboraciones en los Obsequios poéticos a la Virgen de la Capilla.

En esta nutrida colección mariana encontramos el nombre de Josefa Sevillano en los años 1868, 1869, 1870, 1871, 1875, 1876 y 1877. En total ocho poesías, porque en la colección de 1871 publica dos.

Una de ellas, precisamente, es la que comienza «¿Quién eres tú que en trono....?» ya publicada en *El Cero*.

Inicia, pues, su colaboración en 1868 con la poesía que comienza «¡A ti, Madre de amor, mi canto elevo...» que adopta la forma rítmica de la silva. En el original que he manejado he de destacar un hecho curioso y, tal vez, significativo: en el verso 21 «¡Oh Virgen sin mancilla!», la expresión «sin mancilla» está tachada y al lado, manuscrito, se lee «de la Capilla». De haberse tratado de otro texto impreso habría que interpretarlo de una torpe variante como adaptación ocasional de la autora para enviar a los *Obsequios...* una composición anterior y con distinto destino. Sin embargo, no es posible achacar a la autora la inhábil sustitución de cuatro sílabas por cinco que destroza el verso; por otra parte, esta torpeza métrica que transforma un heptasílabo en octosílabo, junto a la letra poco trabajada denuncian una mano beata que creía así satisfacer su fervor mariano de campañero.

No es una de las composiciones religiosas más logradas de Josefa Sevillano. No obstante, el fervor de la poetisa es evidente y algunos versos se leen con facilidad:

«Quiero, lirio del valle perfumado,
cándida rosa de fragancia pura,
cantar a tu hermosura;
quiero con amor profundo,
¡Oh Virgen sin mancilla!
que se despierte el mundo
adorando tu nombre de rodillas.»

Digamos, de paso, que tampoco Josefa Sevillano fue muy respetuosa con la consonancia «mancilla/rodillas»; más que a un descuido, creo yo que hay que atribuirlo a la posible impericia de una poetisa todavía primeriza.

A los *Obsequios* de 1869 envía la poesía que comienza: «Sobre celeste alfombra, por escabel la luna...» en serventesios, agudos los pares y que resultan musicales y cuidados. Se trata de una poesía sentida, emotiva, en la que la autora agradece a la Virgen la mejoría de su esposo en grave peligro de muerte. La sinceridad, junto al ritmo muy marcado y armonioso y la auténtica emoción subyacente hacen de esta poesía una de las más conseguidas.

Ocurre siempre en Josefa Sevillano que, cuando la inanidad del tema de pura cortesía o complacencia es sustituido por auténticas vivencias, siquiera sean elementales, la autenticidad del sentimiento, servido por una técnica más aceptable, se consiguen auténticos logros.

No puedo dejar de resaltar la influencia visible de algún gran poeta; en este caso de fray Luis de León, cuya huella de primera o segunda mano se aprecia en la imagen de la Virgen «por escabel la luna» procedente, creo yo, de «Virgen que el sol más pura» del poeta conquense. Varias imágenes de este mismo poema de Fray Luis se pueden detectar en otras poesías de Josefa Sevillano. He dicho de primera o segunda mano, porque en otros muchos poetas giennenses contemporáneos y amigos se aprecian influencias similares y no tengo ninguna seguridad de que las lecturas de la Sevillano llegaran hasta Fray Luis.

A los *Obsequios...* de 1870 pertenece la poesía «Perdóname, Virgen María», en octavillas agudas. En cierto modo es continuación de la experiencia del poema anterior, expresión de sus angustias, esperanzas y gozo final por el feliz curso de la enfermedad de su esposo. Trágicamente, la esperanza y el gozo se han trocado en dolor, el esposo ha muerto, sólo queda sentir y llorar. Llorar y ofrecer sus lágrimas a la Virgen para impetrar consuelo:

«Le vi expirar ¡oh María!
y en mi amargo desconsuelo,
alcé mis ojos al cielo
buscándote, Madre, a ti;

que eres sola mi esperanza
y, en mi aislamiento profundo,
¡el solo bien que en el mundo
ya restaba para mí!»

En los *Obsequios...* de 1871, encontramos otra poesía, «Mi Virgen adorada», en octavillas agudas, sueltas y ágiles en las que exalta la permanente presencia de María en todos los actos de su vida.

Aún encontramos en ese mismo año otro poema en octavillas agudas que comienza: «¿Quién eres tú que en mi trono...?», en la que la poetisa muestra su buen dominio métrico, así como la levedad de su pensamiento; también muestra su capacidad para salvar el compromiso con un buen uso de tópicos y de un vocabulario sonoro que se desborda en pura verbosidad:

«Tú eres el árbol santo
do anidan los amores,
la perla nacarada
y el ramo de coral;
tú eres el dulce néctar,
la esencia de las flores,
la luz que reverbera,
la antorcha celestial.»

Tras unos años de ausencia, vuelve a aparecer en los *Obsequios...* de 1875 con «Llenas mi corazón de fervor santo...» en cuartetos endecasílabos. Para la poetisa, la Virgen es causa y fundamento de todo bien. Vuelve a utilizar la anáfora «por ti...», que antes ya he comentado. Josefa Sevillano va afirmando la soltura y fluidez de sus versos, especialmente en los comprometidos endecasílabos, pero recae con frecuencia en el verbalismo, muchas veces ripioso, lo cual no hace sino dejar al descubierto su vacuidad ideológica.

La encontramos otra vez en 1876 con «Reina del cielo, estrella de los mares...» en serventesios endecasílabos en la que insiste en la belleza, dones y gracias de la Virgen a modo de permanente letanía. El acierto expresivo es notable; la delicadeza y suavidad de los versos han alcanzado el máximo nivel que le era dable a Josefa Sevillano. Sigue, no obstante, envolviendo en fraseología caudalosa su pobreza conceptual:

«¿Qué son del bosque las espesas frondas
ni qué el arroyo que en las selvas mana?
¿Qué son del sol las argentadas ondas
ni el puro rosicler de la mañana?
La luna, el sol, la rutilante estrella,

comparado contigo, ¿qué es, María?
 El polvo que levantas con tu huella,
 ¡vale más que cien mundos, Madre mía!»

Es 1877 el último año en que colabora Josefa Sevillano en los *Obsequios...*; es el año anterior a su muerte y, sin duda, ya estaba gravemente enferma.

Contribuye con «¿Quién, Madre, le da a las flores...» en redondillas, e insiste en ideas y conceptos ya conocidos: «la Virgen es la fuente de todas las bellezas del mundo y del espíritu». Está construida en versos blandos, a veces sonoros y vocabulario sensorial:

«¿Quién da su verde a la fronda,
 su canto a los ruiseñores,
 sus facetas de colores
 a las piedras de Golconda?
 ¿Y quién a la enredadera
 le da sus blancas guirnaldas?
 ¿Y quién viste de esmeralda
 los bosques y la pradera?»

El caso es que estos versos escritos —no hay que olvidarlo— para ser leídos y aplaudidos por un público no demasiado exigente ni entendido, halagan el oído y, en cierto modo, anticipan la sonoridad y el lujo verbal si no de un modernismo aún por venir, tal vez sí la opulencia no siempre refinada de Salvador Rueda. O ¿acaso palabras como Golconda nos ofuscan y es realmente Zorrilla quien cantaba tras estos versos? De cualquier manera, son pura exterioridad, clichés aprendidos, piezas intercambiables para cualquier oportunidad.

Colaboraciones en *La Fe Católica*.

Este periódico se publicó desde el 7 de agosto de 1869 hasta el 12 de marzo de 1870, al menos a este día corresponde el número 28, último de la colección que he podido manejar, pues Caballero Venzalá me dice que se publicaron algunos número más.

Era de periodicidad semanal y se titulaba «Revista religiosa, científica y literaria, dedicada a nuestro Santísimo Padre Pío IX»; bajo la protección especial del Excmo. e Ilmo. señor don Antolín Monescillo y sus propósitos son declarados con estas palabras: «... defensa de la santa causa de la Religión que tan valerosamente, con tan exquisita prudencia y tan profunda sabiduría viene sosteniendo Vuestra Santidad...».

Entre sus escasos colaboradores figuró, como era de esperar, Josefa Sevillano con cuatro poesías: «A la Religión», «A la Virgen del Rosario», «Un consuelo a mi alma» y «A la Purísima Concepción».

«Un consuelo a mi alma» empieza: «Llorar, siempre llorar...» y está escrita en silvas. Poema profundamente pesimista en el que pregunta a Dios el porqué de los dolores del mundo, de los pesares, de la guerra entre cabeza y corazón. Ni una alegría, ni una luz, ni una esperanza brota en el grito de la poetisa. ¿Auténtica angustia existencial o simplemente «pose» finisecular?

«A la Religión» es una especie de oda también en silvas, un canto a la grandeza de la religión, consoladora, apoyo y sostén contra los «recios aquilones»; dique a la corriente contra el «revuelto mar de sus pasiones». No hay más que pedir en cuanto a grandilocuencia.

Si tomáramos al pie de la letra los versos de la Sevillano nos encontraríamos en presencia de una impenitente pecadora que se atormenta y se angustia y acude en su naufragio a la Religión como tabla salvadora.

«Bogando va la frágil navecilla
de mi existencia débil
por el revuelto mar de las pasiones,
de recios aquilones
violentos impelida:
¡ay de mí si del rápido torrente
no se encuentra dique a la corriente
y se abisma en las olas sumergida!

El siguiente poema está dedicado a la Virgen del Rosario y comienza: «Madre, de amargura, llena», escrita en redondillas. Está fechada en Los Villares, el 3 de marzo, y corresponde al proceso de la grave enfermedad de su primer esposo.

Hay en esta nueva poesía una alusión concreta a la citada enfermedad y no deja de ser curiosa y hasta cómica la expresión de un dolor que sabemos pronto será aliviado y curado con posterior matrimonio:

«Regando mi ardiente lloro
las cuerdas de mi laúd
vengo a pedirte salud
para el esposo que adoro.
.....
Sin él, Madre del amor,
de mi pena los rigores,
como se agostan las flores
me consumirá el dolor.»

La última de las aparecidas en *La Fe Católica* está dedicada a la Purísima Concepción, escrita en octavas reales y comienza: «más bellas que las tintas de la aurora...». También está fechada en Los Villares en 1869 y en ella entona un cántico de alabanza concretado en el dogma de la Inmaculada, tan de actualidad en el momento.

La poesía revela oficio y progresivo dominio técnico y se defiende echando mano a jaculatorias y letanías sin mayor trascendencia doctrinal.

Ejemplo de lo que digo se aprecia en esta octava:

«Y concebida fue sin mancha y pura
la flor divina del pensil sagrado,
la azucena del cáliz perfumado,
el iris de la paz y la ventura,
el sol que aleja la tiniebla oscura,
fénix de amor por el amor creado,
el blanco lirio de fragante aroma,
del huerto de Judá casta paloma.»

Colaboración en *El Ramillete*.

De este periódico, poco conocido porque de él se conservan escasos ejemplares, sólo puedo dar noticia de una poesía de Josefa Sevillano publicada el 15 de julio de 1871. Es probable que se publicara alguna más, pero no nos ha llegado. Se trata de una composición titulada «A mi corazón» y está versificada en redondillas.

Pregunta a su corazón por el motivo de su inquietud, de su sufrir y saca la conclusión de que tales motivos existen, aunque deja al lector en la ignorancia de sus causas. Así lo expresa:

«Más ¡ay, pobre corazón!
suspira y tu pena siente
que por sentir doliente
tienes sobrada razón.
Grande es el mal que deploras,
grande cual mi desventura;
ya comprendo tu amargura
¡con harta razón, ay, lloras!»

Colaboraciones en *La Semana*.

La Semana la fundó y dirigió el inteligente político y apasionado giennense

don Joaquín Ruiz Jiménez; los dos últimos meses le sucedió otro periodista importante, Angel Alcalá Menezo.

Uno de los objetivos fundamentales de *La Semana* fue conseguir la Exposición Provincial de 1878, pero no se limitó a cumplir este objetivo, que cumplió sobradamente, sino que se convirtió en una interesantísima fuente de noticias del Jaén de la época. Otro de sus objetivos fue la construcción de una línea férrea que, pasando por Jaén, «nos ponga en comunicación directa con el centro de la Península y un puerto del Mediterráneo». El resultado del ferrocarril no tardaría en comprobarse, con decepción, precario y limitado.

Entre las colaboraciones literarias, en palabras del propio Ruiz Jiménez:

«... Entre los muertos, Lozano, Mazas, Giménez Serrano, Viedma, López García, Garnica y otros sin cuento. Entre los vivos, la infatigable señora doña Josefa Sevillano de Toral; la ilustrada directora del *Cádiz*, señora doña Patrocinio de Biedma; la modesta, hoy autora dramática, señorita Isabel Camps y Arredondo; la laboriosa señora doña Capilla Romero de Martí; la laureada señora doña Rosario de Acuña; los distinguidos poetas y escritores, pléyade notabilísima de esta época de verdaderos movimientos intelectuales, señores Ochoa, Almendros, Negrete, Moreno Castelló, Montero, López Paqué, Palma, Caballero, Esteban, Espantaleón.»

Como hemos visto Josefa Sevillano figura en la larga lista de colaboradores. Siete son las aportaciones de esta poetisa a *La Semana*.

La primera es la dedicada «A la memoria del ilustre rey Carlos III», escrita en forma de silva y que comienza: «Con respeto me postro ante la tumba...». Por la índole del tema y por lo ocasional de la creación no había que esperar más de lo que podía dar: elogios obligados y esperados, loores al ilustrado monarca y exaltación de una de las más típicas creaciones del llamado «despotismo ilustrado»: las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País.

Le sigue otra poesía de circunstancias, la dedicada «Al eminente artista Fortuny»; no se trata del pintor de ese apellido, sino de un cantante que impresionó en los cenáculos sociales de Jaén con su arte. Lejos de dejar fluir un espontáneo entusiasmo —si es que lo sentía— la poetisa se acoge a lo académico y a la huella divina como explicación del genio del artista:

«Tan sólo Dios en su saber profundo,
cual bálsamo eficaz a los dolores,
pudiera enriquecer la fantasía
de luz llenando el anchuroso mundo;
que eres astro inmortal, cuyos fulgores
de gloria inundan a la patria mía.»

Muchas veces, al encontrarnos con estos torrentes de versos noticiosos, necrológicos o encomiásticos fabricados, más que escritos, por tantos poetas de la época, sentimos una cierta tendencia al rechazo o al hastío. Sin embargo, creo que este fenómeno no ha de juzgarse con cánones estéticos, sino sociológicos y, en este terreno, pueden constituir documentos inapreciables para comprender y juzgar un momento histórico y una sociedad, la burguesa, que se incorpora con sus pequeños problemas, pequeñas angustias, pequeñas inquietudes a una vida cultural hasta entonces reservada a las minorías cultas. Sólo así puede explicarse la mesocrática poesía del realismo, escrita por cultos mediocres para lectores de indigente sensibilidad, pero ávidos de ponerse «a la page» en un mundo que, estimulado por veladas, tertulias, revistas de amplio ámbito de lectores y escasa ambición intelectual, se le ofrecía como de buen tono y al mismo alcance que la menuda política, la divulgación científica o el cotidiano chismorreó.

Lo normal en este caso no es que la ancha base social se elevara a la altura de la gran poesía, sino que, convertida en poesía menor, descendiera a la comprensión y a la sensibilidad de una sociedad curiosa de un arte «al alcance de la mano». Cuando, pocos años después, el arte, la poesía volvieron a serlo, la «buena sociedad» tornó a sus menudas preocupaciones habituales. Gran parte de la poesía de que estamos hablando —y no sólo la giennense, por supuesto— ha de ser comprendida y juzgada bajo esta perspectiva.

Un nuevo homenaje de Josefa Sevillano, ahora a Bernardo López y Lope de Vega. Esta vez la razón para enlazar en un mismo poema a escritores tan dispares es que uno nació en noviembre, el otro murió en noviembre y que la velada literaria se celebraba en el mismo mes.

La poetisa se las arregla para justificar las dos flores que pone sobre las dos tumbas en el hecho de que ambos son españoles, en que ambos conquistan laureles, en que ambos son famosos fuera de España (¿Bernando López?), que ambos han muerto, que a ambos inspiró Dios y otra larga serie de «ambos» que la autora trabajosamente encuentra o se inventa. Remata con esta súplica:

«¡Bernardo! ¡Lope de Vega!
¡glorias del suelo español!
ante vuestro claro sol
la pobre cantora llega.
Un rayo de vuestra luz
prestad, ¡ay!, a mi talento
y rompa mi pensamiento
de su ignorancia el capuz.»

Como se ve, el «capuz» tan esproncediano y romántico que sirve para ta-

par tantas cosas, le viene al pelo a Josefa Sevillano para cubrir su problema de rima.

De más interés, sin estar demasiado logrado, es el soneto «A Jesús» en que a modo de oración, la poetisa pide ayuda «en el mar proceloso de la culpa» y «un rayo de luz» del «saber del Padre amoroso» para que «tu gloria cante y tu grandeza cuente». Tal vez sólo la importancia de la dedicatoria es la que salve este soneto de la absoluta indiferencia.

Una nueva poesía de circunstancias, esta vez necrológica, es la dedicada «A la señorita doña Carmen Candalija y Nieto, en su temprana muerte». Breve, cumple su finalidad social. Nada de mayor interés que comentar.

Otro soneto religioso, «La muerte de Jesús», reconoce una clara filiación en el conocido soneto «A la Cruz» de Almendros Aguilar. El comentario de este soneto sugirió a Juan Montijano (18) la posibilidad de que fuera Almendros quien plagiera a la Sevillano. El error de Montijano proviene de que tuvo ante los ojos una versión tardía del soneto de Almendros publicado en *Jaén* en 1883, pero olvida que tal soneto es conocido desde, por lo menos, 1862 (19).

De cualquier manera, es un estimable soneto, aunque, tal vez por alejarse de lo más visible del modelo, destroza algunos versos. No puede, en cambio, evitar la coincidencia de varios finales de versos: cumbre, muchedumbre, lumbre, pesadumbre, profundo, mundo.

Seis coincidencias en catorce versos son demasiada para ser eso, coincidencias. Lo que es más curioso, los versos más conseguidos de Josefa Sevillano son los que mantienen la consonante de Almendros.

Termina la aportación de Josefa Sevillano a *La Semana* con otro poema «A Jesús» del que ya he hecho mención y que es especialmente significativo por la nota a pie de página que le acompaña y que dice: «la autora dedicó esta composición a la venerable efigie de Nuestro Padre Jesús Nazareno en el acto de pasar la procesión del Viernes Santo por la casa que habita». La autora estaba ya gravemente enferma y la poesía es un diálogo de corazón a corazón. No puede evitar el lastre retórico en los tres primeros serventesios para convertirse en sincero y desesperado grito de dolor en el que late una última esperanza. Ya no es un poeta quien escribe, sino un ser humano quien clama. Otra vez, sin embargo, el impertinente «capuz» desvía nuestra atención hacia el tópico:

(18) MONTIJANO, Juan: «El famoso soneto de Almendros Aguilar y sus imitaciones», *Diario de Jaén*, 8 abril de 1977.

(19) SANCHO SÁEZ, Alfonso: *Almendros Aguilar. Una vida y una obra en el Jaén del siglo XIX*, I.E.G. Jaén, 1981, pp. 196-197.

«Mi llanto vierte a mares, en ti mis ojos fijos,
pues justo eres, atiende mi pena y mi dolor,
jamás en desconsuelo dejastes (sic) a tus hijos,
si férvidos imploran tu auxilio bienhechor.
Mi alma atribulada recurre a tu clemencia,
de males sin remedio envuelto en el capuz.
Sé, ¡oh Dios!, la medicina que cure mi dolencia.
¡por tu pasión y muerte, por tu bendita cruz!»

Colaboraciones en el *Álbum de El Industrial*.

El *Álbum...* es un repertorio de poesías desordenado, asistemático pero nutrido y copioso, publicado en sucesivas entregas coleccionables por el prestigioso y difundido periódico *El Industrial* entre los años 1877 y 1878. Una vez encuadernados los folletones, se formaron dos volúmenes, uno correspondiente al año 1877, de 346 páginas, y otro de 1878, de 400 páginas.

Hasta 23 composiciones de Josefa Sevillano se recogen en este *Álbum*.

De ellas, alguna ya ha sido publicada y, por consiguiente, comentada en *El Cero* y en los *Obsequios...* de 1871. Me refiero a la titulada «A la Virgen María».

Igualmente fueron publicadas en *El Cero* y ya estudiadas, «A mi amada hermana Eloísa», «A mi joven amiga Eugenia de la Roncha» y «A mi amiga Patrocinio de Biedma».

Veamos las restantes y por el orden en que fueron publicadas.

La primera está dedicada «A Cervantes», fue leída en el teatro el 23 de abril de 1877. Forma parte de un conjunto de poesías dedicadas a Cervantes leídas con ocasión de un homenaje a este autor en el aniversario de su fallecimiento. Esta serie de homenajes tuvieron una cierta periodicidad durante estos años. Entre los varios autores que colaboraron en este acto podemos citar a Montero Moya, García Negrete, Almendros Aguilar, Garay de Sarti, Moreno Castelló y Josefa Sevillano.

Está escrita en décimas y se trata de una protocolaria y vulgar composición inundada de alabanzas tópicas de las que es difícil deducir si, efectivamente, Josefa Sevillano había leído el Quijote. Parece que esta poesía debió ser especialmente grata a Josefa Sevillano porque, con variantes que no mejoran la versión anterior, vuelve a publicarla en las páginas 92-94. Más curioso aún es que Cazabán —hombre de indudable gusto, pese a sus limitaciones— la in-

cluye como representativa de la obra de la poetisa en su libro «Poetas y poesías» (20).

«Al Santísimo Sacramento» sería también publicado en *Jaén* y responde asimismo a la anual convocatoria que se hacía a los poetas giennenses para cantar esta festividad bien en publicaciones especiales, bien en extraordinarios que algunos periódicos dedicaban a la festividad del Corpus Christi y que en Jaén se conmemoraba con especial solemnidad y en olor de multitud. En este mismo *Album* le sigue otra oda de Palma Camacho acerca del mismo tema. Aunque ni una ni otra tienen fecha me atrevo a suponer que se escribirían para el Corpus de 1875 en que, con la Restauración, estos cultos solemnes compensaban la tibieza de las manifestaciones religiosas externas durante el período 1868-1874.

La forma estrófica adoptada, de tradición tan clásica, son las estancias de ocho versos según el siguiente esquema: 11A-7a-7b-11B-11C-7c-7d-11D.

Es un canto de gozo y amor no exento de musicalidad y belleza.

No resiste, sin embargo, la comparación con la oda de Palma y Camacho, una de las mejores piezas de este sólido poeta. Veamos el comienzo de la poesía de Josefa Sevillano:

«¡Canto al Señor! Humíllase la tierra
y cuanto el orbe encierra
prostérnase a mi acento,
¡yo canto al Augusto Sacramento!
¡Canto al Pan celestial, canto al bendito,
al grande, al infinito
Misterio sacrosanto;
al Dios de Sabaot férvida canto!»

El tema eucarístico interesó mucho a esta poetisa; ya he señalado que en 1877 estrenó una Loa al Santísimo Sacramento en el teatro de Jaén y aunque no he podido encontrarla, sí hay una referencia periodística que habla de su gran éxito: se llamó a la autora dos veces a saludar y los poetas amigos le ofrecieron una gran corona de laurel y el público grandes ramos de flores (21).

Le sigue la titulada «A una rosa» en serventesios. Es inevitable, ante el tema, pensar en Selgas; pero algunas de sus estrofas están más cerca de Rioja:

«¿Acaso, bella flor, el ser hermosa
es escudo quizá bastante fuerte
en esta vida triste y azarosa

(20) CAZABÁN, Alfredo, *op. cit.*, pp. 188-189.

(21) *El Industrial*, 2 de junio de 1877.

a contener el brazo de la muerte?
 ¡Ay, no! Que se despoje de la vida
 cuanto cobija con su manto el cielo
 y, por eso, del manto desprendida,
 tus pétalos se arrastran por el suelo.»

Sin embargo, en la conclusión, se aparta de la esperada y clásica reflexión acerca de la brevedad de la vida y de la rosa como símbolo. Su conclusión es más personal y, en cierto modo, trivial:

«¿Qué fue de tu perfume, flor querida?
 ¿Qué fue de tu belleza, blanca rosa?
 ¡Eres emblema fiel de nuestra vida!
 ¡más desgraciada cuanto más hermosa!

«A mi sobrino Manuel Llauder y Bonilla en el aniversario de su muerte», el solo enunciado del título denuncia el género a que pertenece y me exime de todo comentario puesto que sigue las más rutinarias fórmulas de consolación. Hay que señalar, sin embargo, que con el mismo tema y dedicatoria, aparecen en el *Álbum...* poesías de Moreno Castelló, Montero Moya y Almendros Aguilar, conjunto de poesías que, en forma de pequeña Corona poética, nos informa, al menos, de la importancia social del malogrado joven.

La «Oda a la inauguración del Ateneo» es una de las muchas composiciones que, con tal motivo, aparecen en el *Álbum...* Este importante acontecimiento cultural de brillante aunque efímera vida (duró poco más de dos años), fue recibido con entusiasmo exaltado por Vicente Palazón, con cierto escepticismo por Montero y con decidido pesimismo por Palma y Camacho. Josefa Sevillano cumple con discreción.

En «Dios sólo es la verdad» nuestra poetisa se muestra más ambiciosa y cómoda, como era de esperar dada la índole del tema. Vuelve a mostrar su predilección por las estrofas clásicas y poco usadas en su tiempo. En esta ocasión, emplea un tipo de octavas reales características de Hurtado de Mendoza: ABBAABCC. Esta poesía es, sin duda, la respuesta fervorosa y creyente de Josefa Sevillano a la preocupación, tan propia de estos años, de la duda que, a partir de 1868, plantea Nuñez de Arce. En la batalla del espíritu entre la razón y la fe, para la poetisa no hay más que una opción posible. Por eso, termina con una exaltada profesión de fe:

«Y esa lucha tenaz con el deseo
 y ese eterno anhelar que el alma siente
 y ese dolor que anubla nuestra frente
 y esos vanos placeres, que no creo,

y ese loco, incesante devaneo,
 en que se agita la razón demente,
 nos dice en su incesante desvarío
 ¡que tú eres sólo la verdad, Dios mío!»

La octava reproducida es muy representativa de Josefa Sevillano, tanto por su proclamada fe como por la incorrección sintáctica del cuarto verso («que no creo»), que abundaban en sus composiciones.

«A la sensitiva» es una composición en cuartetos blanda y delicada como la propia autora; entre la sensibilidad y sensiblería se debate peligrosamente; al final, como es frecuente en ella, ante el aparente desvío e ingratitud con que la flor parece pagar desvelos y mimos de la autora, le saltan pujos de trascendencia y simbolismo.

«A los genios que en este concierto toman parte» se refiere a una velada social celebrada en el Casino Primitivo la noche del 3 de agosto de 1876. A conmemorar este fasto local, contribuye también en el *Álbum* con sus poesía el verbo hinchado y desmedido de García Negrete y la modesta pluma de Caballero. Gracias a la dedicatoria de este último nos enteramos de que uno de los «genios» era la señorita Dulcenombre Toral. Nada que añadir.

Pocos comentarios merece «A una niña» en quintillas, cursi, relamida y topiguera.

Cosa distinta es la poesía «A la muerte» aunque sólo sea por la gravedad del tema. Según la tradición senequista—quevediana— considera que la muerte es un compañera permanente e indisoluble de la vida:

«En tus arcanos penetrar ¡oh muerte!
 jamás intento. Sé que vas conmigo,
 que, sin sentirlo yo, duermo contigo
 y que te he de encontrar cuando despierte.»

La fe inquebrantable la salva del terror y la desesperación:

«Yo triunfaré de ti: que en santa calma
 desataré mis terrenales lazos
 y, dejando mi cuerpo entre tus brazos,
 ¡a Dios tan sólo entregaré mi alma!»

«A la Purísima Concepción» es un asunto que ya trató la autora en *La Fe Católica*, aunque la composición es distinta. Es un poema fluido de versificación, musical y sensitivo, pero mucho menos personal y poco profundo. Abundan todos los tópicos, vocabulario y ditirambos marianos de la época:

«Su refulgente luz vierte la aurora,

con brillo ardiente reverbera el sol,
 los horizontes con sus rayos dora
 y los campos esmalta su arrebol.
 Diáfano al aire los espacios hiende
 rasgando velos de invisible tul,
 la blanca luna su fanal enciende
 rielando en golfos de argentado tul.»

«A mi querida hija Amalia» y «A mi amada hermana Dolores en el aniversario de su muerte» no me ofrecen el más mínimo resquicio para el comentario, con lo que creo que está todo dicho.

«A un arroyo» es una breve —y leve— composición en octavillas, graciosa, que denota una delicada sensibilidad de la autora para la belleza del campo aunque no puede librarse de una libresca y manoseada adjetivación e imaginería. La siguiente octavilla empieza en ese tono y se salva, al final, con una explosión de color:

«Con tus perlas salpica
 tu lecho de esmeraldas,
 besando las guirnaldas
 que crecen junto a ti.
 Y broten a tu halago
 adelfas purpurinas
 y rosas, clavellinas
 y nardos y alhelí.»

La poesía siguiente «La tempestad» va acompañada de una nota que dice: «Nota de la autora: esta composición fue escrita hace seis años en días muy aciagos para su autora». Casi no hacía falta la advertencia porque del contenido se desprende y el dolor auténtico que en ella subyace la convierte en una de las más nobles y valiosas de cuantas de ella hemos leído.

Es una poesía en serventesios dodecasílabos en la que se sirve de la conocida alegoría barca = vida humana. Por las construcciones, subjetivismo y vocabulario rezuma romanticismo.

Sigue a este poema un soneto «A Jesús» probablemente influido por Lope y, en uno de sus versos, por Almendros (Almendros: «y a impulso del amor grande y fecundo»); Josefa Sevillano: «en prueba de tu amor grande y fecundo»). Es un soneto digno y bien construido; poco original pero muestra la destreza técnica que Josefa Sevillano llegó a alcanzar; destreza muy superior a la de tantas damas de la época que, de cuando en cuando, hacían sus «pinitos» líricos e inundaban las publicaciones periódicas.

«A una flor», claramente imitada de Selgas pero de escaso perfume lírico, no merece mayor comentario.

Termina la presencia de Josefa Sevillano con una poesía dedicada «A María Coronada». Esta composición es fácil de fechar: fue compuesta, sin duda, con motivo de la traslación de la imagen de Nuestra Señora Coronada a la Iglesia Parroquial de San Bartolomé. Con este motivo se editaron unas hojas volanderas en distintos colores que se repartían entre los fieles. He podido encontrar dos de estas hojas, una con una cantata de Almendros Aguilar y otra con una poesía de Moreno Castelló. Josefa Sevillano, además de ésta que figura en el *Álbum*, escribió otra, también en hoja volandera que poseo. Dada la unidad del tema me voy a referir seguidamente a ambas.

Lógicamente, las dos poesías, en un asunto tan trillado por la propia poetisa recuerda en frases, adjetivos, loores, a otras muchas de dedicación mariana. Tal vez se podría establecer entre ambas algunas diferencias: más sincera, sentida y conmovedora la del *Álbum*, está escrita en octavillas, metro que maneja muy bien la autora; más técnica, brillante y repetitiva la de la hoja suelta. Ambas demuestran oficio, facilidad, ya que no especial inspiración.

Hay que decir, en honor de la poetisa, que las dos están escritas para la ocasión. Quiero decir que no se sirvió del recurso tan frecuente —Almendros, Moreno Castelló— del «refrito». Al menos así lo muestran sus dos finales:

La del *Álbum*:

«Mas ¡ay! que en el extravío
de mi razón delirante,
en el rayo tremolante
de la luna te creí;
y de estrellas, Coronada,
yo te buscaba en el cielo
sin ver en mi loco anhelo
¡que estabas cerca de mí!»

La de la hoja suelta:

«Hoy se agita mi pecho, Madre mía,
y de gozo me siento enajenada
al ver cómo te aclama, Coronada,
esta hermosa ciudad de Andalucía.»

Otras poesías de Josefa Sevillano

Bajo este epígrafe recojo una serie de poesías de la más variada procedencia que, si por su calidad no añaden nada al juicio que la poetisa pueda merecer, completan la nómina de las que publicó en Jaén o, al menos, de las que hasta el momento son posibles de encontrar.

Dos de ellas son las dedicadas «A la muerte de doña María Antonia Rodríguez de Gálvez» y que figuran en la correspondiente «Corona Poética». Junto a Josefa Sevillano figuran Montero Moya, Caballero, García Negrete, Almendros y Enriqueta Lozano de Vilchez.

Al rey Alfonso XII le dedica dos poesías: una en hoja volandera, un soneto, compuesto sin duda para ser repartido entre el pueblo con motivo de la Restauración; este hecho facilita la datación de la poesía. Recoge, como es natural, además del gozo y la exaltación patriótica, la labor pacificadora del momento que mereció tal sobrenombre:

«Un nuevo sol brillando en el Oriente
vierte su luz sobre mi amada España
que, libre ya de fraticida saña,
alza orgullosa la abatida frente.»

La otra composición tiene el valor de ser autógrafa y nos permite conocer, por primera vez, la letra y la firma de la autora. Se titula «A la Paz de España». Es la clásica poesía áulica, sonora, retumbante y mediocre. Llena de «Otumbas» y «Ceriñolas», hinchada de patriotería.

Para remate:

«Fúlgido y radiante sol
alumbra nuestra victoria,
¡viva el rey! ¡viva su gloria
y el ejército español!»

La otra poesía autógrafa está dedicada «A la señorita doña María Carrillo de Albornoz» y se titula «El arte y la hermosura» especie de monólogo aunque sin moraleja, diálogo entre el arte y la hermosura como supremas creaciones de Dios; al final quedan hermanadas así:

«Y en su amor a la criatura
Dios, en su saber profundo,
de entonces juntó en el mundo
el arte con la hermosura.»

Lo que presta algún interés a esta poesía, bastante ramplona por otra parte,

es la novedad del género, no tocado en ninguna de las poesías de Josefa Sevillano que conozco.

La última poesía conocida de Josefa Sevillano, publicada postmortem figura en el «Ramo de pensamientos a la Virgen de la Cabeza» dedicada por su «hija devotísima» doña Francisca de Lemus de Flores Suazo, está editada en Jaén en 1884. Es una colección de poesías con prólogo de Manuel Muñoz Garnica y en la que colaboran Almendros Aguilar, Montero Moya, Moreno Castelló (cuatro veces), Palma Camacho y José Almendros Camps.

La poesía de Josefa Sevillano, que empieza «Mi Virgen adorada», lleva a pie de página una nota que dice: «Comenzada la impresión de estas páginas, hemos tenido el gusto de recibir la presente composición que dejó inédita la malograda autora».

No es absolutamente exacta la consideración de inédita que le atribuye la mencionada nota puesto que una poesía casi igual se publicó en los Obsequios a la Virgen de la Capilla de 1871. Es cierto que la versión de «Ramo de pensamientos...» contiene notables variantes: están ambas escritas en octavillas agudas pero la versión de Obsequios tiene ocho octavillas frente a la de «Ramo de pensamientos» que consta de nueve. Entre la tercera y la cuarta de Obsequios se intercala la siguiente:

«Yo alabo, Virgen pura
tu concepción gloriosa,
y acato fervorosa
tu excelsa majestad;
suspiro en tu amargura,
me aflige tu quebranto,
y acompaña mi llanto
tu triste soledad.»

En las tres últimas octavillas se aprecian muy notables variantes que, en algún caso, modifican notablemente las estrofas. No voy a detenerme en señalar estas variantes porque no es mi pretensión hacer una edición crítica. Si alguien, en el futuro, lo intentara, tendrá que tener esto muy en cuenta. Igualmente tendrá que averiguar qué razones movieron a Josefa Sevillano para estas modificaciones, no de detalle, y qué destino pensaba dar a la segunda versión. No creo que se pueda pensar en una dedicatoria a la Virgen de la Cabeza, pues no hay nada, en las modificaciones, ninguna alusión a esta advocación como era corriente que los poetas hicieran en estos casos.

PATROCINIO DE BIEDMA

POCAS escritoras se pueden encontrar comparables con Patrocinio de Biedma por lo que se refiere a su constante dedicación literaria. Y no sólo literaria como tendremos ocasión de comprobar. La vida de esta escritora transcurre larga y fecunda desde 1845 en que nace en Begíjar (Jaén) hasta su muerte en Cádiz el 14 de septiembre de 1927. Murió precisamente cuando se aprestaba a recibir el homenaje que le iba a rendir su pueblo natal y para el que se habían formado dos comisiones: una en la capital de la provincia encabezada por el gobernador civil, marqués de Rozalejo, e integrada por el presidente de la Diputación, el cronista provincial, Alfredo Cazabán, y el presidente de la Asociación de la Prensa, Monge Avellaneda, entre otros. La segunda comisión, local y entrañable, se había constituido en el propio Begíjar.

Aunque este homenaje postrero no llegará a realizarse, Patrocinio de Biedma pudo recibir en vida el reconocimiento tanto nacional como internacional de su fecunda vida y dilatada obra. Por ejemplo, el nombramiento en 1879 como hija adoptiva de la ciudad de Baeza donde residió algunos años y a la que dedicó varios poemas, y, poco después, semejante distinción en Lupión. En 1917 fue elegida por unanimidad como académica honoraria por la Real Academia Hispanoamericana de Cádiz y este mismo año fue propuesta por la Real Academia de la Lengua de Colombia; con este motivo, el cónsul de Colombia editó en Cádiz un número extraordinario del periódico *Colombia* consagrado a la vida y a la obra de doña Patrocinio, con importantes colaboraciones: en este número aparecen su retrato, su biografía y varios trabajos críticos sobre la obra de la escritora firmados por Díaz de Benjumea, Moreno Espinosa y Alfonso Viedma. Su pueblo natal, Begíjar, se sumó al homenaje con un solemne acto y la dedicación de una calle con su nombre.

Por su parte, la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de Jaén, a cuya labor cultural, aun desde lejos, tanto había contribuido la poetisa, tomó el acuerdo de nombrarla socio de mérito y que su retrato figurara junto a los de otros escritores giennenses consagrados y, en gran parte, ya desaparecidos: los Prado y Palacio, Moreno Castelló, Almendros y Montero Moya. Este acuerdo se tomó a propuesta de la directora de la Escuela Normal de Maestras, doña Victoria Montiel, y de la inspectora provincial de 1.^a Enseñanza, doña Josefa Segovia de tan relevante importancia por su labor de cofundadora de la Institución Teresiana. Esta distinción le fue concedida en 1920. Unos años antes, también se le había otorgado la Gran Cruz de Beneficiencia con distintivo morado y negro.

Entre esta unanimidad de alabanzas y reconocimientos, no puedo dejar de

registrar una voz discordante, agria y despectiva, hacia su personalidad y su obra. Especialmente por la autoridad y el respeto con que se escuchaba su voz. Me refiero a «Clarín». Casi era de esperar en un crítico que emitió juicios tan severos acerca de los escritores de su tiempo. Tal vez su juicio fue desmedido y así lo reconoce Cossío, del que tomo la cita. Dice Cossío: «Esto no es justo ni, mucho menos, elegante» (22). El destemplado juicio de Clarín decía: «Doña Patrocinio es una de esas escritoras que yo, sin poder remediarlo, confundo con los figurines de los periódicos de modas».

El padre Blanco, por su parte, la trata con mucha mayor benevolencia y afecto (23).

Frente a la opinión despectiva del ilustre catedrático ovetense, Jurado de la Parra se excede en el incienso al saludarla como la sucesora de Fernán Caballero. He de puntualizar, sin embargo, que Jurado de la Parra exagera en cuanto a la trascendencia de la obra de Patrocinio de Biedma, pero no en lo que afecta a la relevancia de su vida social y benefactora que permite colocarla junto a las más distinguidas promotoras del movimiento feminista, Concepción Arenal y la condesa de Pardo Bazán.

Alfredo Cazabán, con su conocida y exaltada generosidad, la coloca junto a Carolina Coronado, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Rosario de Acuña y, sin pararse en barras, Rosalía de Castro. Sin embargo, el fino instinto crítico de Cazabán, hecha abstracción del engolado estilo que le caracteriza, delimita adecuadamente la obra y la personalidad de doña Patrocinio:

«En todo momento fue el amor a la humanidad el sentimiento característico de sus creaciones. Una moral sana y positiva, una piedad tierna, dulce e ingenua; una protesta caritativa; un aliento generoso para los nobles empeños y un colorismo que tiene todas las notas sugestivas y brillantes del cielo, del mar y del campo andaluz.» (24)

Una vez hecho el estudio pormenorizado de las poesías de Patrocinio de Biedma, publicadas en Jaén, espero poder mostrar una sustancial coincidencia con las opiniones de Cazabán, aunque también ciertas discrepancias y reticencias.

Ya he dicho que doña Patrocinio nació en Begijar en 1845 (el 13 de marzo) (25). Era preciso restablecer la exactitud de la fecha de nacimiento por la

(22) COSSÍO, José María de: *op. cit.*, p. 1175.

(23) BLANCO GARCÍA, P.: *La literatura en el siglo XIX*, tomo I, p. 392.

(24) CAZABÁN, Alfredo, *op. cit.*, p. 21.

(25) Debo esta precisión a la amabilidad del Prof. JIMÉNEZ ALMAGRO.

discrepancia entre las ofrecidas por varios autores. Cazabán y José María de Cossío, así como el *Diccionario Enciclopédico de Espasa Calpe* daban la fecha de 1848. Por su parte, Caballero Venzalá, en su monumental e inestimable *Diccionario bio-bibliográfico del Santo Reino*, registra la de 1858. Esta fecha probablemente sea debida a un error de imprenta, ya que existe una de las primeras poesías de doña Patrocinio en los *Obsequios poéticos a la Virgen de la Capilla* del año 1867.

Establecida, pues, con seguridad la fecha de nacimiento prosigo con la biografía, para la que utilizo con frecuencia la citada obra de Caballero Venzalá.

Fueron sus padres don Diego J. de Biedma y Mario-Colón y doña Isabel de Lamonedada y Riofrío. Familia distinguida y acomodada que le proporcionó a doña Patrocinio una formación y unas posibilidades culturales muy por encima del tipo medio de la mujer de su tiempo.

Muy joven aún contrajo matrimonio con don José María de Quadros y Arellano, hijo del marqués de San Miguel de la Vega. Matrimonio relativamente breve porque don José María Quadros falleció a los diez años de matrimonio. También murieron tempranamente sus tres hijos. Estas terribles y continuadas desgracias familiares hirieron profundamente la delicada sensibilidad de la poetisa que, naturalmente, se expresa dolorosamente en su poesía. Por ejemplo: la muerte de sus hijos se refleja en el poema «Virgen, Madre de Dios y Madre mía...» publicada en *Obsequios poéticos a la Virgen de la Capilla* de 1872 y en su libro *Guirnalda de pensamientos*.

Es un poema de desgarrado dolor en que la autora invoca consuelo a la Virgen. La angustia sincera de la madre trasciende una retórica aprendida y la autenticidad salva vulgaridades de expresión y la fría solemnidad de las octavas reales elegidas:

Dime, Virgen amada, que a tu lado
hoy tienes a los hijos de mi alma,
que tu coro celeste han completado
y han alcanzado la inmarchita palma.
Si esto dices, mi pecho desgarrado
recobrará a tu voz su triste calma,
pues creeré ver a mis hijos adorados
en tu seno amoroso reclinados.

Casada por segunda vez con el director de *La Crónica gaditana*, don José Rodríguez y Rodríguez, trasladó su residencia a Cádiz, ciudad en la que desarrolló gran parte de su actividad literaria y social, aunque sin romper nunca

sus lazos con la provincia natal, a la que enviaba continuamente sus colaboraciones.

En Cádiz creó una importante y muy difundida revista, *Cádiz. Revista de Letras, Ciencias y Artes*, que se publicó desde 1877 hasta el 10 de junio de 1880. Patrocinio de Biedma fue el alma de esta revista y su constante animadora tanto por sus contribuciones personales como por haberse sabido atraer la colaboración de los más significados escritores españoles del momento como Alcalá Galiano, Castelar, Díaz de Benjumea, José de Echegaray, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Rafael Obligado y Salvador Rueda. Como ya he dicho, Patrocinio nunca olvidó a su provincia de origen y, por consiguiente, recabó y obtuvo la presencia de sus amigos los poetas de Jaén. Por eso, es frecuente ver en *Cádiz* la firma de Jurado de la Parra, Moreno Castelló, Josefa Sevillano, Manuel García Rentero y Matías Pastor.

La inquietud intelectual y humana de doña Patrocinio no se satisface con su creación literaria y, consciente de la necesidad de agruparse, intercambiar proyectos e inquietudes y conseguir un peso corporativo, se esfuerza por conseguir una organización que agrupe voluntades dispersas y convoca desde Cádiz para el 4 de mayo de 1878 un Congreso Literario que aprobara las bases de la Federación Literaria de Andalucía, empresa e idea en la que la señora Biedma se anticipa en muchos años a la fiebre asociacionista actual. Creo que esta faceta de su carácter es un signo de modernidad no bien destacada hasta ahora, que refleja la personalidad recia, batalladora y audaz de esta escritora de Begíjar y que la coloca en afanes e inquietudes a la altura de las mujeres más progresistas de su tiempo.

Seguramente, el infatigable polemista del neocatolicismo, don Severo Catalina, que en 1858 había publicado su libro *La Mujer*, se sentiría muy incómodo ante mujeres de impulso casi viril como doña Patrocinio. Recuérdese que don Severo, que no hacía otra cosa que reflejar la ideología dominante, afirmaba rotundamente la misión de la mujer como esposa y como madre. ¿Qué pensaría doña Patrocinio de estos consejos paternalistas —machistas diríamos ahora— de don Severo:

«Dejad que el hombre, organizado física e intelectualmente para el trabajo, cumpla en la tierra su misión; vuestras manos son muy delicadas; la vivacidad de vuestro rostro y la frescura de vuestra frente peligran con el frío clima de la abstracción metafísica.

Dadas las condiciones de la actual sociedad no es preciso que la mujer sea sabia: basta con que sea discreta; no es preciso que brille como filósofa: le basta con brillar por su humildad como hija, por su pudor como soltera, por su ternura

como esposa, por su abnegación como madre, por su delicadeza y religiosidad como mujer.» (26)

Del prestigio que en este aspecto humano llegó a alcanzar nuestra autora es buen testimonio la opinión de Alfonso de Viedma (27), que la considera como una personalidad compleja que abarca un vasto horizonte y que destaca en cuantas empresas acomete. Alfonso de Viedma opone a la trilogía de ilustres mujeres norteñas —Concepción Arenal, Rosalía de Castro y Emilia Pardo Bazán— la andaluza, formada, según él, por Gertrudis Gómez de Avellaneda, Fernán Caballero y Patrocinio de Biedma.

Al elogiar la intensa actividad social y literaria de doña Patrocinio, don Alfonso de Viedma cita un párrafo del escritor gaditano Alfonso Moreno Espinosa, que, ciertamente, no se modera en la alabanza:

«Por eso, al mismo tiempo que constituye el amor y la felicidad de su familia, es para los literatos de hoy lo que fue entre los de su tiempo aquella inolvidable duquesa de Frías a cuyos pies se arrodillaban las musas de don Juan Nicasio Gallego, de Quintana y de Martínez de la Rosa...»

Se centra luego Alfonso de Viedma en la repercusión que la obra de la poetisa giennense alcanzó fuera de nuestras fronteras y destaca cómo por iniciativa de la reina Guillermina, se editó en Holanda un álbum de poesías de los más notables poetas mundiales; pues bien, doña Patrocinio representó a España en este álbum con su poema «Los Boers».

Curiosamente, Alfonso de Viedma se declara andalucista y destaca la labor en este terreno de doña Patrocinio con estas frases:

«... y cuando en España haya arte regional y literatura regional y personalidad regional en todos los órdenes, el nombre de Patrocinio de Biedma deberá ser considerado en Andalucía como el iniciador de la tendencia, como el símbolo representativo de tal aspiración...»

Dejo a la consideración de los andalucistas de hoy las palabras de Alfonso de Viedma, pues no me parece que el nombre de Patrocinio de Biedma haya sonado entre los pioneros de tal sentimiento regionalista. ¿Conoció y estimó Blas Infante la obra de nuestra escritora? Tentadora sugerencia aún por estudiar, según creo.

En lo que respecta a la preocupación social de doña Patrocinio, Alfonso de Viedma cita las palabras de fray Ceferino González a ella dedicadas:

(26) CATALINA, Severo: *La mujer*. Cap. XXIII, I, 1858.

(27) VIEDMA, Alfonso de: *Don Lope de Sosa*, 1917, pp. 194-198.

«Su genio derrama suave unción y luz vivificadora llamadas a curar tantas heridas y a iluminar tantos errores como desgraciadamente sufre nuestra sociedad.»

Esta actividad social, mucho más cercana a la mentalidad actual que las habituales en la época y que merecieron los «alfilerazos» de Benavente en *Los malhechores del bien*, se plasma, por ejemplo, en el Congreso de Protección a la Infancia que, por iniciativa suya, se celebró en Cádiz en 1888. Su trabajo fue ensalzado por hombres tan ilustres como Letamendi y Cánovas del Castillo y le valió la Gran Cruz de Beneficiencia.

Como resumen de su personalidad citamos las palabras de Caballero Venzalá:

«...es sin género de dudas la figura femenina más brillante que en el campo de la literatura ha dado el Santo Reino de antaño. Su aparición en el mundo de las letras fue acogido con aplausos por literatos de la talla de Antonio de Trueba. Su producción y el estilo de su personalidad literaria interesó, entre otros, a Nicolás Díaz de Benjumea, Alfonso Moreno Espinosa, el príncipe Wizniewsky, Diereks y Ossorio Bernard.» (28)

LA OBRA DE PATROCINIO DE BIEDMA

Además de su labor omnipresente en la revista *Cádiz*, colaboró en multitud de publicaciones de todo tipo, tanto periódicas como conmemorativas de alguna efemérides, álbumes ocasionales, coronas poéticas o especializadas en algún tema fundamental.

Entre las publicaciones periódicas españolas o extranjeras —sin pretensión de ser exhaustivos— citaré *Las Novedades*, de Nueva York; *El Bazar*, (Madrid, 1874-1875); *La Niñez*, (Madrid, 1879-1883); *El Cocinero*, (Cádiz, 1897); *Revista Teatral*, (Cádiz, 1892); *La Ilustración Ibérica*, (Barcelona, 185); *La Iberia*, (Madrid, 1882); *La Época*, (Madrid, 1887); *La Correspondencia de España*, (Madrid, 1888-1890); *El Cascabel*, (Madrid, 1887); *La Revista de España*, (Madrid, 1883).

Entre los periódicos giennenses, publicó en *El Cero* (1867-1868), *La Fe Católica* (1869), *El Ramillete* (1871), *La Semana* (1878), *El Industrial* (1895), *El Combate* (1902) y *La Regeneración* (1915-1921). Asimismo se encuentran poesías suyas en las colecciones de los *Obsequios poéticos a la Virgen de la*

(28) CABALLERO VENZALÁ, Manuel: *Diccionario Bio-Bibliográfico del Santo Reino*. I.E.G. tomo I, Jaén, 1979, p. 253.

Capilla entre los años 1866 y 1872 y una gran cantidad en el *Álbum poético de El Industrial*.

Entre las colecciones especializadas u ocasionales, encontramos trabajos suyos, tanto en prosa como en verso en las siguientes: *Galería de desgraciados* (Madrid, 1883), *El pleito del matrimonio* (Madrid, 1884), *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por si mismas*, *El curioso parlante* (Álbum en honor de Mesonero Romanos), *Escritoras españolas contemporáneas* (Madrid, 1880), *Álbum calderoniano* (Madrid, 1881).

De la variada índole temática de las colecciones reseñadas, es fácil deducir el amplio abanico de preocupaciones que abarca nuestra escritora.

Mi propósito, ya declarado, es ceñirme a la producción poética de doña Patrocinio publicada en Jaén. Pero además, ya se ha dicho, fue prolífica prosista por lo que, antes de centrarme en el terreno acotado, quiero completar el panorama de su vasta obra con la enumeración de lo más importante de su producción no poética. Sigo la clasificación —ampliada— que la propia autora hace en su libro *Romances y Poesías* (Cádiz, 1881):

— Estudios artísticos:

La Catedral de Sevilla

El Alcázar de Sevilla

— Estudios heráldicos:

La nobleza española

— Novelas:

El testamento de un filósofo

Las almas gemelas

La botella azul

Blanca

Cadenas del corazón

El capricho de un lord

El odio de una mujer

La flor del cementerio

El secreto de un crimen

Desde Cádiz a la Habana

Dos minutos

Fragmentos de un álbum

La sierra de Córdoba

Sensitiva

La muerta y la viva

Historia de una hora

Tiempo perdido

— Escribió también el drama inédito *El mayor castigo*

— Libros de poesía:

«Romances y poesías» (Cádiz, 1881)

«El héroe de Santa Engracia» (Poema histórico)

«Guirnalda de pensamientos» (Poesías líricas)

«Recuerdos de un ángel» (Elegías)

Es de advertir que gran parte de las poesías publicadas en Jaén, y de que voy a ocuparme, fueron recogidas por la autora en alguno de los citados libros poéticos. Era normal en aquella época el que los poetas acudieran a las distintas solicitudes que les hacían con poemas ya publicados con otro motivo y dedicación. A veces se preocupaban de introducir modificaciones más o menos importantes para acomodarse al nuevo objeto, pero con frecuencia, dado el contenido vago y genérico de muchas poesías, se adaptaban bien a cualquier propósito. Ejemplo de ello es la abundante poesía mariana de doña Patrocinio.

COLABORACIONES EN PUBLICACIONES DE JAÉN

Colaboraciones en *El Cero*.

El Cero, como ya vimos, era un periódico en el que se incluían muchas colaboraciones poéticas no sólo de poetas giennenses, sino también de autores consagrados de renombre nacional: Eulogio Florentino Sanz, Leandro Fernández de Moratín, J. Romea, Esteban Manuel Villegas, sor Juana Inés de la Cruz, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Juan de Arguijo, Pedro Antonio de Alarcón, Juan de Arolas, Torres de Villarroel, Quintana, Campoamor y Zorrilla.

Entre los giennenses, cuya firma encontramos en este periódico, podemos destacar a Ana M.^a López, Palma y Camacho, Almendros Aguilar, Juan Antonio de Viedma, J. Luis de León, Francisco Rentero, Mariano Camps, Moreno Castelló, Josefa Sevillano, José F. Sanmartín y Aguirre y Salvador Vera de León.

Otras muchas poesías se publicaron en *El Cero* aunque sin firma. Sin duda muchas de ellas son atribuibles a Manuel Genaro Rentero; otras, tal vez por modestia, pero probablemente por razonable vergüenza, se escudaban en el anonimato. Satisfacían así la vanidad de ver sus «creaciones» en letra de molde y negaban su nombre a la posteridad. Los autores y nosotros satisfechos.

Sin duda la amistad de Patrocinio con Manuel Genaro Rentero explica la generosidad con la que contribuye a la revista.

La primera que aparece —seguramente una de las primeras publicadas en Jaén— es una oda «A la poesía» dedicada «A mi buen amigo el distinguido poeta don Manuel Genaro Rentero» (8-VII-1867). Es una composición en endecasílabos y heptasílabos en la que no se aprecia ninguna estructura determinada; por lo tanto, podemos catalogarla de silva peculiar puesto que unas veces rima en consonante y otras en asonante. Esta mezcla de rimas, en una poetisa sin duda incipiente —de veintidós años— denota una ingenua impericia si no se trata de una audacia reformadora. Además de este significativo rasgo, hay en el poema otros que apoyan la primera creencia: una abundancia de citas de autores clásicos —que más tarde no iba a repetir— como de ávida lectora que aún no ha reposado sus lecturas y no puede evitar una pedantesca exhibición cultural. La tentación, a esa edad, es frecuente y más si pensamos que se trata de una mujer de casi mediados del siglo XIX que, como luego consiguió, quería hacerse notar. Homero, Virgilio, Petrarca, Milton, aparecen en sus versos a tuertas o a derechas; también, lo que a lo largo de su obra va a ser fácil de rastrear, reminiscencias de algún contemporáneo notable, como Bécquer. Creo, por otra parte, que esta admiración por el poeta sevillano, tan minoritariamente compartida en su tiempo, es un rasgo definidor de la delicada sensibilidad de Patrocinio de Biedma. Veamos un ejemplo:

Tú vives en los mares, en el viento,
 en el cristal de un ondulante río,
 en la nube que cruza el firmamento,
 en el reflejo con que apenas arde
 entre el vapor de la neblina oscura
 el trémulo lucero de la tarde;
 en la brillante gota de rocío
 que se mece en las flores
 y en el canto dulcísimo del ave
 que en la selva suspira sus amores.

.....

¡Pues eres tú, sublime poesía,
 el lazo que une el cielo con el hombre!

No hace falta subrayar cómo, aunque conceptos y aún sintagmas enteros coinciden con muchos de «Espíritu sin nombre...», la diferencia con las bellas endechas becquerianas es inmensa.

Esta poesía, por su ambiciosa pretensión de oda, tiene una primera parte de filiación clasicista en la que divaga acerca de lo efímero y lo caedizo de las grandezas humanas: Menfis, Babilonia, Grecia, para, un poco forzosamente, enlazar con lo vaporoso e inaprensible de la poesía, al modo becqueriano, y concluir con su permanencia en el fluir de las edades.

Esta poesía volvería a publicarse en el *Álbum de El Industrial*.

«El torrente del monte» (30-VII-1867) lleva como aclaración «Poesía sacada de una balada alemana». Es una bella poesía a la que no me atrevería a denominar «balada» si hemos de aceptar el concepto que para el género fijó Cossío. Trasluce, eso sí, un bello lirismo y delicada sensibilidad, muy especialmente en el tratamiento del paisaje, aunque este paisaje, blando y sensual, se identifica más con el modo neoclásico que con el romántico.

La agilidad de ritmo que le presta el heptasílabo y la estructura estrófica muy libre de ocho versos que riman en consonante agudo los versos 4.º y 8.º y la rima consonante del 2.º le aproximan a la ligereza de la octavilla aguda sin su cerrada estructura. Es, a mi juicio, un acierto métrico que se corresponde muy bien con el tema: un encendido canto a las libres y salvajes aguas del torrente, que viene a ser, en definitiva, un canto a la libertad —aquí sí— de resonancias románticas. Véanse como síntesis de la idea central, los ocho últimos versos:

¡No bajes, rey del monte!
 ¡No dejes esas breñas
 que te hacen grande y libre,
 valiente e inmortal!
 Detén esa corriente
 que rápido despeñas.
 ¡No quieras ver esclavo
 tu altivo manantial!

El soneto «Las flores y el amor» (15-IX-1867) se publicaría después en el *Álbum de El Industrial*. Es un soneto correcto y clásico de factura aunque frío y con tendencia a lo discursivo. Su estructura cuidada y simétrica, incluye en el primer cuarteto el símil inicial del morir y retoñar constante de las flores; así, en el segundo cuarteto, ocurre con los amores. Ambas ideas se recogen y sintetizan en el primer terceto. En el último terceto se contempla esta armonía vital como obra providencial de Dios.

«Lo que es amor» «A R...» (30-IX-1867) es una poesía melancólica en que, tras vagas, largas y titubeantes definiciones del amor, la autora parece reflejar o desengaños pretéritos o amores muertos. Las generalizaciones de toda poesía se concretan en un destinatario en los dos últimos serventesios. No puede ofrecer amor, pero sí amistad. Seguramente se trata de un rechazo cortés y sin duda hay rasgos autobiográficos, aunque ambiguos: de una parte, confiesa no haber sentido nunca el amor; de otra, afirma: «¡Mi corazón ya está vacío!» para la poetisa es el amor un sueño, un eco... de otras regiones, una flor, un placer, un afán de dichas celestiales. Es muchas cosas que no se decide a concretar y acaba renunciando por inefable:

Es, en fin, un anhelo tan sin nombre,
de tan fugaz y rápida apariencia,
que no lo alcanza a comprender el hombre
y no lo puede analizar la ciencia.

Lo que, en mi opinión, resulta interesante en esta poesía es la confesión de la poetisa de «soñar» y no «poseer» el amor. Esta confesión en una joven casada de mediado el siglo XIX parece, a nuestros ojos de finales del siglo XX, cuando menos, valiente y comprometida.

«La flor marchita» «A ti...» (8-II-1867). ¡Qué insinuantes, misteriosas y reprimidas nos parecen estas dedicatorias llenas de puntos suspensivos disparados hacia un cómplice y anónimo destinatario! ¿Pudor, temor al escándalo, pura ficción literaria?

Por otra parte se trata de un poema trivial y epidérmico. Nada sincero, pese al misterio intimista de la dedicatoria, y muy convencional: la flor que recibió de su amante se marchita como posible símbolo del amor que significaba:

Mas no... si mueren las flores
apenas abren en calma
sus cálices de colores,
nunca mueren los amores
que Dios enciende en el alma.

«Sueños» (30-II-1867) es un largo poema en quintetos endecasílabos. Es un poema triste y ensoñador como de persona de vuelta en experiencias amargas. No parece ser el caso de la juvenil poetisa y tal vez haya que atribuirlo a una espiritualidad ambiente o, simplemente, a «pose» neorromántica. El poema es desigual: durezas métricas, fraseología manoseada y adjetivación mecánica. No obstante, de vez en cuando, es posible encontrar versos fluidos y armoniosos que Patrocinio de Biedma irá consiguiendo cada vez con mayor frecuencia. Su incapacidad para mantener un nivel entonado en composiciones enteras será, tal vez, una de las principales limitaciones de su poesía. Véase algún ejemplo de lo que digo:

Son más puros los célicos amores
que ese sueño de gloria nos inspira
que los besos de aromas de las flores,
que los ecos del aura que suspira
y de la luz naciente los fulgores.

Muchas veces me da la impresión que la incontinenia versificadora de doña Patrocinio y su renuncia a una autocensura nos ha arrebatado una notable poetisa. De cualquier manera, creo que algo de la vaguedad y la ternura —pero no del

ímpetu— de la mejor poesía femenina precedente —la Avellaneda, la Coronado— empezaba a ser asimilado por la escritora de Begíjar. Esta poesía se publicará más tarde en el *Álbum de El Industrial*.

«Delirios» (30-XII-1867) se publicará por dos veces —con variantes— en el *Álbum de El Industrial* aunque en la primera versión se consigna una dedicatoria que no aparece en las otras ocasiones: «A mi amada tía doña Fuensanta Cabrera de la Moneda».

Es una composición de silvas de 150 versos y en ella encontramos indudables aciertos expresivos e, incluso, un prometedor arranque:

Hay horas en que el alma se complace
 en soñar halagando la esperanza:
 ¡horas de dulce olvido
 en que se va el pasado vagamente
 entre las sombras del no ser perdido!

Y algún endecasílabo tan ceñidos como:

...horas de triste calma
 que tan dulces resbalan sin medida.

Delirios, sueños, «la imagen divinal de la poesía en lontananza» Todo acaba en escoria, en «sombra helada», en quimeras, en «vagas sombras ilusorias...» Lo mismo acaba la poesía de Patrocinio de Biedma que se inició prometedora y, despeñándose en reiteraciones y tautologías, acaba, inesperada e injustificada, acogiéndose a lo piadoso bajo el manto de la Virgen María.

Parece, lo que no es insólito en la autora, como si hubiera arrancado a escribir en un raptó de inspiración o tensión poética y luego, enfriado su entusiasmo o sin plan previamente establecido, se dispersa en difuso vaniloquio para acabar como Dios —la Virgen en este caso— le da a entender. Ocasiones parecidas tendré de subrayar esta sensación en otros poemas.

«El amor de los amores» (30-II-1868) es una leyenda dedicada a la Virgen y publicada anteriormente en los *Obsequios poéticos a la Virgen de la Capilla* del año 1866; esta primera versión está fechada todavía en Begíjar. Circunstancias ambas, lugar y fecha, que la denuncian como una de las primeras poesías de la autora. Más tarde fue recogida también en el *Álbum de El Industrial*. Como las poesías de esta colección fueron seleccionadas y remitidas por los propios autores, hemos de suponer cierta preferencia de doña Patrocinio.

Esta poesía está compuesta en octavas reales y quiero anticipar que, pese al título, poco más debe a Carolina Coronado. Si acaso el fondo religioso, bien que con un tratamiento muy diferente: frente al erotismo «vuelto a lo divino» de la

poetisa extremeña, la de doña Patrocinio es sencillamente una de las muchas composiciones —y no de las mejores— que dedicó a la Virgen.

Al tratarse de una poesía juvenil, lo poetisa incurre en visibles defectos métricos que habría de corregir en el futuro, ya que acabaría distinguiéndose por su correcta versificación.

Obsérvese el pareado final de la primera octava:

Tan gratos como el blando murmurio
con que desliza su corriente el río.

El mismo arrojito —o bisonñez— al elegir una estrofa tan poco dúctil para la lírica denota los arrestos de la poetisa de Begíjar.

Se inicia con la descripción del dolor, la soledad y el abandono de una mujer que había vivido horas más felices.

Acude a la Virgen y la Virgen la escucha:

Si tus flores de amor se marchitaron,
yo las daré más puras a tu alma;
si tus mágicos sueños se alejaron,
sin ellos vivirás en dulce calma;
toma del mártir la bendita palma;
ven y, bajo los pliegues de mi manto,
cesarán los raudales de tu llanto.

Agradecida la mujer penitente clama a María en los versos finales:

Por ti, de su ilusión, nacen las flores;
y tú ¡eres el amor de los amores!

No acrecerá esta poesía el prestigio de Patrocinio de Biedma, pero inicia una trayectoria de adoración mariana que iba a mantener con varia fortuna a lo largo de su vida.

«Una flor para una bella» (29-II-1868), dedicada a la señorita doña Cabeza Arredondo, se publicaría posteriormente en el *Álbum de El Industrial*.

Se trata de una poesía ocasional de cortesía —de abanico si no fuera tan larga— con todas sus servidumbres, limitaciones y lugares comunes propios del género. Ni siquiera se preocupa de evitar los símiles manidos o las reminiscencias sobadas.

Con esta poesía, poco afortunada, termina la contribución de Patrocinio de Biedma a *El Cero* o, mejor dicho, termina la vida del periódico precisamente en este número y su director se despide melancólicamente aunque ocultándose bajo el seudónimo de «El abate Faria».

Colaboraciones en *La Fe Católica*.

Patrocinio de Biedma colaboró asiduamente en este periódico, que según sus propósitos declarados se dedicará a «...la defensa de la santa causa de la religión».

Aunque sería tentador un análisis pormenorizado de esta revista tan significativa en momentos delicados para España, ello me alejaría de mi propósito.

Vayamos, pues, con la parte literaria. Dada la finalidad de la *Fe Católica* la «literatura» se consagra al campo religioso y dentro de él a la más pura y oficial ortodoxia. Los poetas son: Maximiano Fernández del Rincón, Josefa Sevillano y Patrocinio de Biedma.

De esta última encontramos las siguientes poesías:

«La Oración» (A mi hijo José del Olvido, dolora)

«Vengo al pie de tu altar, Virgen María...»

«Los ateos»

«A María Inmaculada» (soneto)

«Los suspiros de María» (balada)

«Yo percibo en el fondo de mi alma...»

Seis poesías en total, de las cuales el soneto «A María Inmaculada», así como «Vengo al pie de tu altar...» ya habían sido publicadas en los *Obsequios poéticos a la Virgen de la Capilla* de 1868.

También «Yo percibo en el fondo de mi alma...» lo fue en los *Obsequios...* de 1869. No obstante, los voy a examinar aquí.

Veamos estas poesías por el orden citado.

«La Oración» (18-VIII-1869) es una poesía más ternurista que tierna y más sensiblera que sensible; acertó doña Patrocinio al calificarla de dolora. La poetisa lleva a su hijo ante el altar y, pedagógicamente, lo va conduciendo a Dios a través de las maravillas de la Creación:

¿Dónde está Dios? ¿Ves el cielo
que empieza a envolver la sombra?
Pues de su planta es alfombra
su magnífica extensión
bajo sus divinas huellas
brotan astros a porfía
y por eso cada día
más innumerables son.
Dios le da su dulce arrullo
a esa tórtola que canta,

hizo la luz que abrillanta
 las nubes de rosicler.
 El mar, las aves, el viento,
 ese cielo transparente
 y el arroyuelo bullente,
 ¡todo ensalza su poder!

Facilidad, dominio métrico en estas octavillas agudas como, en general, en cualquier metro o estrofa no se le pueden negar a doña Patrocinio. Incluso aciertos de síntesis y expresión que rara vez faltan hasta en las menos estimables de sus poesías, como se puede apreciar en estos versos finales:

o besa, niño, mis labios
 cuando a Dios besar te cuadre,
 ¡porque el alma de una madre
 puede ser altar de Dios!

«Vengo al pie de tu altar, Virgen María...» (2-X-1869) está compuesta en cuartetos endecasílabos en los que quedan sueltos los impares y riman los pares en asonancia al modo como Bécquer estaba difundiendo en alguna de sus «rimas». El becquerianismo puede rastrearse en este poema incluso en ciertos paralelismos rítmicos:

Si vagan en la brisa los perfumes
 que evaporan las flores de su seno
 paréceme que aspiro la ambrosía
 que se desprende de tu dulce aliento.

.....
 Si en la noche brillante se aparecen,
 cual chispas de oro, estrellas y luceros
 juzgo yo que reflejan de tus ojos
 los puros y vivísimos destellos.

Es de destacar cómo en estos versos, sacados del poema, podrían aplicarse a un amor exclusivamente humano. Sigue así Patrocinio una gloriosa tradición de lenguaje erótico «vuelto a lo divino» tan prestigiada por tantos líricos religiosos cuya enumeración sería ociosa.

En esta poesía de escaso contenido pero abundante en jaculatorias y letanías, mantiene Patrocinio de Biedma un aura de delicadeza y musicalidad que caracteriza su mejor poesía.

«Los ateos» (18-XII-1869), precedida de una cita oportuna de Chateaubriand, es uno de los poemas más ambiciosos y tal vez de los más logrados de nuestra poetisa. El tema, claramente expreso en el título, refleja una general

preocupación del momento: la difusión de las ideas positivistas, el racionalismo «disolvente», el alejamiento de tantos intelectuales no sólo del catolicismo, sino de cualquier religión positiva, el fantasma del librepensamiento, la soberbia del intelectual inquietan a muchos espíritus de creencias enterizas. También en Jaén, como puede comprobarse en Moreno Castelló y en Almendros Aguilar.

Hasta las tranquilas aguas de la burguesa y pacífica Real Sociedad Económica de Amigos del País se removieron con el «virus» del librepensamiento (29).

Doña Patrocinio elige una forma de gran aliento, la silva, y arranca con este enérgico interrogante:

¿Qué buscáis en ese abismo
donde de la razón echáis la sonda
con el febril afán de la locura?

Acusa a los ateos de «ideólogos soberbios», «apóstoles del mal», nihilistas. Inquieta sobre qué moral se puede asentar la vida social:

¿A dónde vais, decid? si todo es nada
y es parte de esa vida nuestra vida,
¿qué esperáis? ¿qué sentís? ¿cuál es el dique
que alcanza a dominar vuestras pasiones?
¿en qué ley, en qué ciencia
fundáis vuestra moral, vuestras acciones
si el instinto seguís, no la conciencia?

Con argumentos similares sigue apostrofando a los descreídos: el materialismo anula toda esperanza:

y ante ese altar terrible de la muerte
—tan triste sin la fe— sentir la nada
descomponiendo la materia inerte.

Frente a tanta negación y miseria:

la sublime armonía
y el orden de la gran naturaleza.
Sus flores, sus perfumes
que impregnan dulces el sereno viento;
sus arroyos de lípidas corrientes
que copian el azul del firmamento;
su espacio sin confines,
la bramadora voz de sus torrentes

(29) SANCHO SÁEZ, Alfonso, *op. cit.*, p. 141.

coronados de espumas
que reflejan del iris los colores
en sus perennes y nevadas brumas.

Toda belleza, toda luz, toda maravilla creada tiene origen, explicación y sentido sólo en Dios. Por eso concluye:

Romped, pues, esa niebla vergonzosa
que vuestro ser la inteligencia abisma;
buscad la ciencia en Dios y no en la ciencia
querais hacer escala hasta su gloria
pues la luz brota en El...

Creo que se trata de uno de los poemas de más empeño, más polémico y combativo de doña Patrocinio. Su sincero catolicismo sin fisuras la obligan a ello y las circunstancias la llevaban a cerrar filas con los afines contra las ideas «disolventes». No otra cosa se podía esperar de ella y ninguna otra poesía habría encajado tan ajustadamente en la ideología de la revista en que se publicó.

Ciertamente los argumentos de que se sirve la autora formaban parte de la dialéctica habitual de esta revista. No podía exigírsele preparación teológica especial ni profundidad filosófica, sino frases y símiles acuñados por una religiosidad militante y profundamente sentida aunque convencional. Aun así, el celo de Patrocinio de Biedma, la autenticidad de sus creencias y la vehemencia con que las defiende atraen la simpatía del lector y le permiten conseguir una de sus poesías más sostenidas y dignas de su vasta producción.

El soneto «A María Inmaculada» (15-I-1870) expresa, con frialdad, pero con corrección, la infabilidad del amor hacia la Virgen, lo que sintetiza en el último terceto:

Angel de amor en quien mi amor espera,
Tú lee en mi corazón, Madre querida,
cuanto mi voz decirte no pudiera.

«Los suspiros de María» (5-II-1870), a la que la autora califica de «balada», es una ágil composición en pentasílabos con rima asonante en los pares. De esta agilidad rítmica son buena muestra los versos siguientes:

Con tu suspiro
rosa nevada,
ramo de perlas,
tórtola blanca,
con tu suspiro,
flor nacarada,
copo de espuma

pura y sin mancha,
 das a las flores
 la esencia grata
 que a su belleza
 da nuevas galas
 y yo amo en ellas,
 Virgen sagrada,
 su esencia pura
 de ti emanada.

Dos consecuencias, creo yo, podrían deducirse de esta garbosa balada: de una parte, la versatilidad métrica de que viene haciendo gala la poetisa y, de otra, su capacidad selectiva, el buen gusto para escoger entre la batería retórica al uso las expresiones más puras, sensoriales y matizadas que yo calificaría de «becquerianas».

La última composición de Patrocinio de Biedma aparecida en *La Fe Católica* (19-II-1870), carece de título, va precedida de una cita de Carbonero y Sol y empieza «Yo percibo en el fondo de mi alma...»

A mi entender, es una prueba más de la tendencia a la dispersión y al puro recreo en la vacuidad palabrera característica de tantos poetas de la época; también de nuestra poetisa. Una buena dominadora de los tópicos, como lo es esta autora, puede extender a capricho lo que podía haberse ceñido a unos cuantos versos. Se salva, sin embargo, su maestría técnica, su delicada musicalidad que hacen soportable la lectura. La altisonancia, la hinchazón, señoreaban en la poesía, en el teatro y hasta en la novela. Tal vez amaban muchos de ellos en secreto los «suspirillos» de Bécquer pero no tenían el valor de confesarlo en público y se afiliaban declaradamente a Núñez de Arce.

No obstante, como no todo es retórica convencional en Patrocinio de Biedma, sus penas y alegrías subyacen a lo declamatorio y afloran de cuando en cuando:

Todo pasó: cual hoja desprendida
 que arrastra el huracán por el desierto
 vi alejarse los sueños de mi vida
 ¡dejando el corazón cansado y yerto...!

Colaboraciones en *Los Obsequios Poéticos a la Virgen de la Capilla*

Estos «obsequios» se publican, sin interrupción y anualmente, desde 1860 hasta 1885 y en ellos colaboran todos los poetas y poetisas que significaban algo en Jaén y su provincia, así como muchos otros más o menos conocidos y prestigiosos.

Por su temática mariana obligada constituye el más permanente y sostenido esfuerzo en su género y, en conjunto, con evidentes y esperables altibajos, en esta importante colección se encuentra casi toda la mejor poesía religiosa del siglo XIX en Jaén.

En estos *Obsequios...* colabora Patrocinio de Biedma con nueve composiciones. Algunas de ellas ya habían sido publicadas en otro lugar y al citarlas me remitiré al lugar correspondiente.

«El amor de los amores» (1866) ya fue publicada en *El Cero*.

En los *Obsequios...* del año 1867 aparece «Astro puro de amor, Virgen María...» que es una oda en estancias con estructura e ideas muy repetidas en otros poemas: todo bien procede de la Virgen. En realidad, doña Patrocinio, consciente o no de ello, no hacía más que seguir una larga tradición mariana que, desde Berceo consideraba a María como étimo espiritual de todo bien posible; en la segunda parte del poema se presenta a la Virgen como consoladora, salvadora y sostenedora tanto para el humilde como para el sabio orgulloso y autosuficiente. Termina la poetisa con su propia ofrenda:

Pobre es la ofrenda que a tu excelso asiento
 eleva el amor mío;
 no lleva en sí las galas del talento
 ¡pero hallarás del alma el sentimiento
 en esta flor que a tu corona envió!

En el año 1868 se publican dos poesías: «Vengo al pie del altar...» y el soneto «¡Cómo podrá decir mi rudo acento...» ya aparecidas en *La Fe Católica* y, consiguientemente, ya comentadas.

También en 1869 encontramos una poesía conocida, «Yo percibo en el fondo de mi alma...» también publicada en *La Fe Católica*.

No obstante, a efectos de precedencia cronológica, quiero hacer constar que las poesías citadas: «El amor de los amores» (*El Cero*, 1868), «Vengo al pie de tu altar...» (*La Fe Católica*, 1870), «Cómo podrá decir mi rudo acento» (*La Fe Católica*, 1870), y «Yo percibo en el fondo de mi alma...» (*La Fe Católica*, 1870) vieron la luz en los *Obsequios...* antes que en las citadas publicaciones. El que hayan sido analizadas antes, se debe solamente al deseo de no romper la unidad de comentario de cada publicación, dado que la larga permanencia cronológica de los *Obsequios...* desborda la corta vida tanto de *El Cero* como de *La Fe Católica*.

En 1870 publica la poesía «A mi hijo» que comienza «Ven conmigo, ven conmigo...» En ella, versificada en octavillas agudas tan caras al romanticismo, pondera a su hijo pequeño las excelencias de amar a María y orar ante su altar.

La mente infantil del destinatario, la ternura de la madre que quiere penetrar en un espíritu sin complejidades y el fervor de sus creencias explican la elementalidad de admoniciones y enseñanzas, de lo que se puede juzgar por la primera estrofa:

Ven conmigo, ven conmigo
 ante el altar de María;
 quiero escucharte, alma mía,
 en tu primera oración;
 cruza, así, las manecitas
 y reza, luz de mi vida,
 porque esa Virgen querida
 te mande su bendición.

En 1871 acude doña Patrocinio a los *Obsequios...* con un largo poema en silvas. Nuevamente acompañada de su hijo, visita a la Capilla. La soledad del templo le hace evocar y le lleva a compartir la soledad permanente de María en su agudo dolor de madre. Una sincera piedad enhebra los versos de la poetisa que no puede, una vez más, olvidar retóricas estereotipadas o ecos de poetas amigos, como estos versos que tanto recuerdan el soneto «A la Cruz», de Almendros:

Allí en mi mente poderosa arde
 el recuerdo del Gólgota sombrío
 que ilumina el reflejo de la tarde;
 escucho entre el salvaje vocerío
 del pueblo que a su Dios insulta y hiere
 la dulce voz de tu doliente hijo
 implorando perdón por los que mueren
 en una cruz ensangrentado, hijo.

Aún colabora Patrocinio de Biedma en los *Obsequios...* de este año con una octava real que empieza «Tan triste es el acento que te envió...» y que, efectivamente, sirve a modo de envío del poema anterior, sin mayor relevancia.

Los *Obsequios...* de 1872 se inician precisamente con una poesía que procede, y así lo dice la autora, del libro «Guirnaldas de pensamientos». Comienza así: «Virgen Madre de Dios y Madre mía...»

Es una poesía de desgarrado dolor en la que la autora invoca consuelo a la Virgen por la pérdida de sus hijos. La angustia sincera de la madre herida desborda cualquier molde habitual y la autenticidad compensa vulgaridades de expresión, perfectamente justificadas cuando es un corazón el que clama y no un cerebro el que ordena y depura. Incluso el rígido clasicismo de las octavas reales elegidas resultan estrechas para remansar el sentimiento que mana a borbotones:

Dime, Virgen amada, que a tu lado
 hoy tienes a los hijos de mi alma,
 que tu coro celeste han completado
 y han alcanzado la marchita palma.
 Si esto dices, mi pecho desgarrado
 recobrará a tu voz su triste calma
 pues creeré ver a mis hijos adorados
 en tu seno amoroso reclinados.

Tras este dolorido poema, no vuelve a aparecer la firma de la autora en los *Obsequios*... Sin duda, las desgracias familiares, su asentamiento definitivo en Cádiz y su creciente proyección nacional le hacen abandonar la asiduidad de sus colaboraciones en Jaén que, si no desaparecen, se hacen más esporádicas y espaciadas.

Colaboraciones en *El Ramillete*.

El Ramillete es un periódico del que apenas quedan vestigios y que fue editado por Joaquín Ruiz Jiménez. Es una revista dedicada a «las bellas de la época» y que, aparte de las clásicas secciones de chismorreos locales, algún artículo literario y abundantes poesías, llevaba grabados de modas, encajes, adornos, así como patrones de sombreros y abrigos. Fue fundado en 1871 y parece que duró hasta 1874. Solamente he podido ver, como ya dije anteriormente, un número, el 9, que lleva la fecha del 15-VII-1871 y en el que se publica la poesía de Patrocinio que ahora nos ocupa. Se trata de la dedicada «A mi querido primo D. J. Nicolás de la Moneda». Empieza así: «¡Cómo pasan las horas! eslabones...» Esta poesía sería publicada posteriormente en el *Álbum de El Industrial*.

Está escrita en silvas y tal vez la serenidad y equilibrio tan clásicos de la serie poética elegida enfría y distancia el prometedor comienzo que se diluye en versos y versos vacíos de sentimiento pero plenos de tópicos acerca de la fugacidad del tiempo y su inexorable dicurrir; al final, se concreta en expresiones afectuosas y ambiguas hacia el destinatario que no sabemos cómo calificar, si de amorosas o, simplemente, fraternales:

Por eso yo no olvido
 las dulces horas que pasé a tu lado
 y el corazón les manda su latido
 cuando incierto palpita
 y en el pasado su placer resume;
 ¡porque la vida, flor que se marchita,
 no deja en el recuerdo se perfume!

Colaboración en *La Semana*

La Semana es una importante revista, cuya reseña ya hemos visto anteriormente. La presencia de Patrocinio de Biedma en ella es mínima, pues se reduce a un breve poema.

Se trata de una «rima» procedente del *Libro de las rimas*, según confiesa la autora (30), y que comienza: «Yo no sé si los sueños celestes...»

Este poemita tiene la brevedad, la levedad, el ritmo y hasta la vigorosa atmósfera del modelo. De todas las poesías que conozco de doña Patrocinio, ésta es tal vez la más próxima a Bécquer. Júzguese por el final:

Yo no sé si en la vida se encuentran
la dicha y la calma;
sólo sé que el dolor no es mentira,
que existen las lágrimas.

Colaboraciones en *El Álbum de El Industrial*.

En esta importante y nutrida colección de la que ya he hecho la correspondiente descripción, se publicaron un total de 28 poesías de Patrocinio de Biedma. De ellas, seis ya han sido examinadas por haber aparecido en otras publicaciones. Estas son: «A mi querido primo D. J. Nicolás de la Moneda», «Una flor para una bella», «Sueños», «A la poesía», «El amor de los amores» y «Las flores y el amor». Veamos, pues, las restantes por orden de aparición en el *Álbum* (31).

La primera es el soneto titulado «Otoño». Ya el título sugiere su carácter melancólico y crepuscular y, en efecto, tras subrayar cómo en la estación la naturaleza va perdiendo sus galas y hasta los pájaros «en las ramas escondidas» olvidan sus amores, termina con un clásico epifonema en el terceto de clausura:

Así queda el alma, que caída
ve la ilusión, que es flor que la embellece
la razón como el fruto de la vida

Si recojo este terceto final no lo hago, evidentemente, por su calidad, construido como está con versos duros e inarmónicos, especialmente el segundo, sino porque en él resume la poetisa el sentido último del soneto.

(30) *La Semana*, 17 de enero de 1878.

(31) SANCHO RODRÍGUEZ, M.^a Isabel: «Tres poetisas giennenses en *El Álbum de El Industrial*», *Guadalbullón*, núm. 0, Jaén, 1983.

Otro soneto, probablemente en serie poética con el anterior, dedica la poetisa a «El invierno»; en él refleja el esplín, hermano del de Verlaine, que le producen la lluvia, la nieve, las nieblas de la estación. De ahí la añoranza de los dulzores primaverales expresada en los términos que reproduzco por su poco usual distribución de las rimas:

Que haya luz y calor, que en armonías
salude el ruiseñor desde la palma
la tibia aurora que despierta en calma.
Estas noches eternas, estos días
de tristeza y dolor llenan mi alma
con sus horas oscuras y sombrías.

Más adelante aparece una composición titulada «Rimas», firmada en Baeza. En este caso, la confesada influencia está muy lejos del modelo:

Arrastrando las sedas y las blondas
una dama pasó con altivez
y del mendigo que en la esquina estaba
se apartó con desdén.

Tal vez por la disposición métrica, pero de ninguna manera por el fondo y, mucho menos, por la atmósfera, se podrían emparentar estos versos con el mundo becqueriano y denuncian cuán fácilmente, aún sin pretenderlo, se puede caer en la parodia.

Más interesante y valiosa es la oda de larga dedicatoria «En el aniversario de la gloriosa muerte de mi abuelo el brigadier don Antonio María de Quadros, el 4 de agosto de 1808, en la defensa de Zaragoza». La titula «Un mártir de la Patria». En ella, el sentimiento patriótico se enlaza con el orgullo familiar. Es una oda larga y desigual, de aliento y entonación quintanesca; de vez en cuando, consigue el tono adecuado dentro de la hinchazón a que el género es tan propicio. Los siguientes versos me parecen destacables por su cuidada adjetivación y contenida belleza:

El sol de fuego que la selva baña,
el hondo lecho del profundo río,
el peñón desprendido en la montaña,
el ancho bosque umbrío,
el roble poderoso
que entre las flores de los valles crece
y el abismo profundo
que al pie de la alta roca desaparece
armas eran del bueno en la pelea,
armas que el mismo Dios les enviaba
para con ellas defender su idea.

Si descontamos la curiosa aplicación providencialista que denotan los tres últimos versos, los anteriores me parecen una clara muestra de la especial sensibilidad para el paisaje de doña Patrocinio de Biedma. Junto a estos versos se encuentran otros menos estimables contruidos con los tópicos patrioterros:

A la perla del Ebro, a Zaragoza,
se acercan sus legiones;
esta noble ciudad no tiene muros,
mas la guardan valientes corazones.

De noble empeño pero escasos logros es «La guerra y la caridad», también en silvas, en la que se lamenta de las guerras fratricidas y exalta la virtud ejercida por enfermeras voluntarias. Esta dedicatoria, indicada por la autora a pie de página, denuncia el carácter ocasional del poema y explica lo declamatorio y convencional de la entonación. Doña Patrocinio, tan sensible como sabemos a los dolores ajenos, no es capaz, en esta ocasión, de reflejar una auténtica vibración del dolor. Los sentimientos, y menos su expresión poética, inútilmente serán convocados a lugar y fecha fija; lo prueba, si era preciso, esta poesía. La estructura discursiva y lo externo de los sentimientos anulan cualquier emoción lírica sin alcanzar, a cambio, grandeza épica. Otra cosa es que, en abstracto, los sentimientos expresados —mejor diríamos explicados— sean nobles y comparables.

Tal vez una de las poesías más conseguidas sea «Libertad», aunque no puede evitar ripios tan insoportables como:

Siguiendo este mandato soberano,
luchando por unir lo que es distinto,
esa igualdad el hombre busca en vano
cual la de sus relojes Carlos Quinto.

Pese a estas objeciones y otras posibles, la autora desarrolla de una manera coherente el concepto de libertad y su búsqueda por el hombre. En esta búsqueda, a través de una serie de contradicciones e interrogantes planteados que eliminan cualquier postura dogmática, se intuye la ideología liberal de doña Patrocinio. Se pregunta dónde reside la libertad y dice:

¿En el soberbio pueblo que moría
sin vacilar para salvar sus leyes
y, con vil humanidad, luego se uncía
al carro victorioso de sus reyes...?

En esta interrogación, evidentemente retórica, subyace la protesta y su bochorno liberal contra el «Vivan las cadenas» del contradictorio pueblo madrileño.

Concluye luego que acaso la fórmula de libertad alcanzable por el hombre sea ésta:

Es preciso una atmósfera de calma
donde vida no alcancen los errores,
para que el árbol que alimenta el alma
nos dé sus frutos y nos dé sus flores.
Que de la libertad el rayo ardiente
no ilumine las sombras de un abismo
donde se mezclen, en veloz corriente,
la duda, la traición y el egoísmo.

.....
Que su aliento, viviendo en nuestro aliento,
rompa de nuestro espíritu las brumas,
y brote al fin su culto del talento
como Venus brotó de las espumas.
Pues, cumpliendo el mandato soberano
que la fe y la verdad funda en la ciencia,
podrá igualar el pensamiento humano
la razón, la ambición y la conciencia.

En estos versos, y a lo largo de toda la poesía, laten las esperanzas en la Restauración que prometía un largo período de paz y concordia nacionales capaces de conseguir, más que la libertad, las libertades.

Las tres poesías últimamente comentadas nos ofrecen una visión en cierto modo nueva de las preocupaciones de la poetisa de Begíjar y bastante alejada de la monocorde poesía mariana que, por razón de las colecciones manejadas, podrían darnos una imagen distorsionada. Quiero decir que en estas poesías, y en alguna otra que hemos de ver, se nos aparece un nuevo rostro próximo a la corriente que acaudilló Núñez de Arce y que, convencionalmente, se suele llamar «poesía civil» con todas las limitaciones pragmáticas y prosaicas que cualquier adjetivo colocado junto al sustantivo «poesía» suele acarrear. Creo que el único adjetivo que soporta, y aún necesita, es el de «lírica».

El poema siguiente «A mi querido niño Manolito Coronado» (de seis años de edad) se incluye claramente en este grupo, inevitable en los poetas de la época, que podríamos denominar «poesías de álbum, de circunstancias y necrológicas» y que por sus tópicos de forma y fondo poco aportan a la estimación de un poeta; fuera naturalmente, de los casos que se elevan por encima de las circunstancias hasta cotas de universalidad como en Manrique o —salvando la enorme distancia— en esta poesía de doña Patrocinio en que la emoción procede, más que del poema en sí, del angustioso recuerdo de un hijo muerto a la misma edad:

Tu acento cariñoso
 tu dulce risa,
 tu blanda y breve mano
 que me acaricia
 ;son un reflejo
 que Dios manda al abismo
 de mis recuerdos!

«Tú y yo» es una muestra del tono suave y dulce que la autora es capaz de alcanzar cuando se deja llevar de un blando sentimentalismo femenino de agradable lectura. La poetisa los subtitula «Imitación a Pongilioni» el poeta gaditano de «hermosa cabeza en cuerpo deforme» al decir de Nombela y que tan estimable opinión merece a Cossío (32). Cabría plantearse aquí si el becquerianismo varias veces señalado en Patrocinio de Biedma procede directamente del modelo o de su vecino gaditano —y seguramente amigo— Pongilioni. Sin duda admiró a ambos y sin duda supo distinguir a uno y a otro, puesto que a las poesías en que sigue a Bécquer las denominó «rimas»; aquí, en cambio, confiesa el modelo imitado. Veamos un ejemplo de esta interesante imitación:

Son los amores flotante nube
 que por el éter deshecha rueda;
 suave perfume que blando sube
 y en el espacio perdido queda;
 son el suspiro que deja el viento
 cuando se mece besando flores,
 eco que dulce vibra un momento,
 sueño inconstante del pensamiento,
 vago murmurio de ruiseñores.

La poesía titulada «Un eco del corazón» «A mi querido amigo José M.^a Ponce de León», en blandas y sensibleras estrofas manriqueñas, puede tener cierto valor autobiográfico y, en cierto modo, está en la línea de la ya comentada «A mi querido primo D. J. Nicolás de la Moneda». Probablemente refleja uno de los limitados desahogos personales que una señora casada se podía permitir sin grave escándalo de la sociedad timorata a la que pertenecía. Parece contener unas discretas y corteses «calabazas». La poetisa, por lo que se deduce del texto, atravesaba por una crisis emocional que no alivian ni sus éxitos literarios ni los halagos de sus admiradores. Así, melancólicamente, parece rechazar alguna solicitud amorosa en estos versos finales:

Quisiera encontrar acentos

(32) Cossío, José María de: *op. cit.*, pp. 377-383.

tan dulces como la brisa
sobre el mar,
más siempre en mis pensamientos
una sombra se divisa
de pesar.
Siento que mi voz te diga,
en vez de dulce poesía
mi color,
mas, cual recuerdo de amiga,
te ofrezco, José María,
esta flor.

Nada digno de comentar encuentro en el soneto «A la Esperanza» escrito en tono alegórico, repleto de imágenes gastadas y frío.

Es interesante, en cambio, el poema sin título que empieza «Dejando atrás las playas del viejo continente...» que podría incluirse dentro de la llamada «poesía civil», que cultivó de vez en cuando y no sin fortuna. Está escrita en serventesios de versos alejandrinos y en ella no faltan aciertos de ritmo y musicalidad. Sin embargo, a una mujer tan interesada en lo social y tan relativamente avanzada en lo político, le falta comprensión de la causa cubana que luchaba por su independencia y tacha a los cubanos de ingratitud con la Madre Patria; en definitiva el sentir común de la opinión española:

Y España, la que un día con esperanzas grandes
llegó hasta sus riberas a darles vida y ser,
vio que la raza ingrata que protegió en los Andes
contra ella se volvía, minando su poder.
Aún hay en tus colonias quien lleve su osadía
hasta a insultar el nombre del hispano león;
aún hay quien amenaza con loca rebeldía
a España: ¡y a su gloria le deben cuanto son!
Pero los hijos fieles que luchan por Castilla,
aquellos que comprenden lo que es la libertad,
conservarán a España su más preciada Antilla
y harán que se disipe tan triste tempestad.

Evidentemente, entre sus cualidades no figuraba la de pitonisa. ¡Qué lejos todavía las pesimistas quejas de la literatura del «Desastre»! Y qué ciego optimismo, qué desconocimiento de las fuerzas reales de España. Por eso me parece significativa esta poesía, como muestra del sentir general de la burguesía letrada, la ausencia de información veraz y la confianza suicida en un poder ilusorio.

«Lágrimas» responde plenamente al título: es lacrimosa, convencional y discursiva. Si algún interés tiene es la forma estrófica formada por sextinas semejantes a las usadas por Núñez de Arce.

«A Mercedes» es una insignificante poesía de circunstancias en octavillas agudas bien logradas pero faltas de tensión poética.

«Delirios a mi amada tía doña Fuensanta Cabrera de la Moneda» se repite más abajo sin la dedicatoria y con el simple título «Delirios». Ya se publicó en *El Cero* y de ella hablé en su momento; si lo recuerdo ahora es como muestra significativa de las preferencias de la autora que pueden servir para caracterizar su poesía.

«A mi bella amiga María Sabater y Fernández» es, como se deduce del título, una poesía de circunstancias; parece una felicitación de onomástica y lo único reseñable es que elige una estrofa tan noble como el soneto para una nadería.

«Dramas íntimos» es un largo poema que consta de dos partes. Aquí sólo se reproduce la primera parte titulada «El mar». En el libro *Romances y poesías* está completo. Me limito a comentar los publicados en el *Álbum...* respetando así la voluntad de la autora. Como he dicho se trata de un largo poema con argumento al modo de los *Pequeños poemas* de Campoamor. Se cuenta cómo Alberto tiene que separarse de María para marchar a América:

iba, cual militar a la defensa
de nuestra rica perla americana
que a la corona patria arrancar piensa
de unos traidores la ambición villana;
iba a Cuba...

María no puede acompañarle, aunque lo desea, porque espera un hijo; nacido éste, se embarca al encuentro del esposo. En la travesía:

...la ansiada flor de sus amores
con la brisa del mar perdió sus galas,
¡qué es tan breve la vida de las flores!

En resumen, que el niño muere, no se sabe bien por qué, y doña Patrocinio intenta, sin mucha fortuna, expresar el dolor de la madre que, desgarrada, tiene que ver como su hijo es arrojado al mar sin que el padre llegue a conocerlo.

El tremendo melodrama cursi y requintado, es expresión de la extrema perversión a que el gusto pudo llegar en la llamada poesía «realista». No creo necesario insistir. Baste con el resumen que he hecho. No se libró la poesía giennense de estos engendros que tanto debieron conmovier a nuestros antepasados.

Con motivo de la muerte de la romántica y delicada reina Mercedes, los poetas españoles hicieron gemir su lira no tanto por razones áulicas como por auténtico dolor ante la juventud de la soberana desaparecida. Doña Patrocinio no podía faltar a la cita y lo hace con su composición «A S. S. R. La Serenísima Duquesa de Montpensier en la muerte de su hija la Reina de España». La autora se sentía mucho más compenetrada con el dolor de la madre que con el del soberano viudo y a la madre le dirige la composición; es lógico si recordamos que doña Patrocinio había pasado repetidamente por tan terrible trance. Por eso, arranca el poema de unos versos propios procedentes, según aclara la nota, del libro *Recuerdos de un ángel*, consagrado a la memoria de su hijo, muerto a la edad de seis años. Dicen así estos versos:

De tal modo sufría
mi alma al verlo sufrir, que yo pensaba
que algo por siempre en mi interior moría
y algo en mi pensamiento se apagaba.
Era una lucha fuerte
de dudas, de esperanzas, de temores...
Para ser agonía
no faltaba en mi ser más que la muerte,
pues apuraba todos sus dolores.

Quisiera subrayar cómo estos versos doloridos, pero sin melodramatismo ni retorcimientos gesticulares pertenecen, en mi opinión, a lo más convincente de la poesía de la Biedma; hay verdad, hay sentimiento, apela con eficacia a la sensibilidad del lector pero se evade de los recursos lacrimosos tan al uso. Son versos sin «literatura», en el estilo del más tolerable «realismo». Son los propios de una madre que hacía versos, si hacer «poesía» nos parece exagerado.

Los versos que siguen, aplicados al luctuoso acontecimiento real, descienden en tensión y autenticidad y divagan por los cauces clásicos de la poesía necrológica:

Por eso yo, señora,
que sé llorar, puesto que madre he sido
y mi hijo, mi esperanza bienhechora,
como tú a tu Mercedes he perdido;
yo que amaba a la reina
por buena y por sencilla
más que por ostentar sobre su frente
la Corona brillante de Castilla...

Con la poesía dedicada «A la linda niña Isabel Roma Ratazzi» doña Patrocinio abandona la poesía de alto vuelo para transitar con gracia por los caminos de Antón de Trueba o, mejor dicho, por los cantares populares de su tierra:

Como has nacido en Italia
 nos pareces andaluza
 que entre tu cielo y mi cielo
 no hubo diferencia nunca.
 Me han dicho los andaluces
 que, si tú quieres venir,
 con barritas de oro puro
 te harán un ferrocarril

.....
 Vente, Isabel, a mi tierra
 y oirás *hablar* la guitarra,
 oirás *cantar* las playeras
 y oirás beber las *cañas*.
 Estos cantos tienen flores
 y estos aires armonías,
 y estos corazones tienen
 para Isabel, simpatías.

Estos versos, sin pretensiones, humildes pero garbosos y hasta con reminiscencias de felicitación de tarjeta postal nos hacen lamentar que doña Patrocinio prefiriera la poesía grave y trascendente. Oficio y dominio no le faltaron; fecundidad, tampoco. De vez en cuando acierta, pero le era muy difícil resistir la emulación de los poetas instalados y con prestigio, lo que arruinó, definitivamente, sus posibilidades.

Con dos poesías termina la contribución de Patrocinio de Biedma al *Álbum de El Industrial*: el soneto «Pensar... sentir» y la dedicada «A mi querido amigo Juan Antonio Cavestany, autor dramático de dieciséis años», fechada en Sevilla, enero de 1878.

El soneto está bien construido y, posiblemente, figura entre lo más logrado de la poetisa. La antinomia cabeza/corazón batalla sin decidirse y así lo expresa la autora en los tercetos:

En la esfera moral polos diversos
 oscila el equilibrio de la vida
 entre esas fuerzas de atracción potente;
 ocultan en su ser dos universos;
 si una logra vencer, la otra es vencida...
 ¿En cuál, pues, la verdad está inmanente?

En la dedicada a Cavestany, como era de esperar, no hay otra cosa que la galantería obligada y un cierto asombro ante la precocidad del juvenil dramaturgo.

A modo de valoración incompleta.

Es incompleta porque sería preciso haber recorrido la totalidad de producción poética de doña Patrocinio. No obstante, el repertorio revisado me permite, creo, un balance provisional. De otra parte, muchas de las composiciones que he comentado reaparecen después en sus libros *Guirnalda de pensamientos*, *Recuerdos de un ángel* y *Romances y poesías*, con lo que no son tantas las que quedan fuera del «corpus» de poesías examinado.

Realmente, a lo largo de mis comentarios, se han ido desgranando una serie de opiniones que, resumidas, vienen a completar la valoración que pretendo.

He insistido en repetidas ocasiones en el buen dominio del verso y en la versatilidad de la autora para adaptarse a las más variadas formas estróficas. Tal vez, en ocasiones, la atracción por el prestigio de ciertas estrofas le hacen elegir inadecuadamente la forma respecto al fondo; por ejemplo, cierta preferencia por la octava real en temas poco acordes con la solemnidad de estrofa tan cerrada y comprometida. Utiliza con soltura y flexibilidad la silva e intenta con frecuencia el soneto con suerte cambiante.

La admiración nunca desmentida por Bécquer, le permite alguno de sus mayores aciertos, lo mismo que una cierta tendencia vergonzante hacia la poesía popular que empezaban a prestigiar Ferrán y otros poetas del círculo becqueriano.

No siguió por un camino que, seguramente, le hubiera sido favorable y fecundo y prefirió la poesía «que se llevaba». Dentro de ella, es cierto que evitó la grandilocuencia con pretensiones de trascendencia a lo Núñez de Arce que parecía apuntar en sus poesías «Los ateos», «La libertad» o la dedicada a la guerra de Cuba.

En general, se mantuvo dentro de una inspiración suave, tierna y melancólica con alguna escapada hacia el ternurismo relamido de Campoamor sin compartir nunca su escepticismo «filosófico». Imposible, por otra parte, hubiera sido tal escepticismo en una mujer de fe inmovible como doña Patrocinio. Sus relativas audacias religiosas no la alejaron jamás de sus creencias bien asentadas. De aquí que algunas de sus mejores composiciones estén entre su abundante poesía mariana. Conviene recordar, sin embargo, que, aun en tema tan próximo a ella, con frecuencia se muestra fría y convencional. Sin duda la necesidad de acudir frecuentemente a solicitudes de este tipo le impedía encontrar alguna vez la tensión poética precisa.

Por último, sus abundantes relaciones sociales la obligaban a cumplir con felicitaciones, elogios, lamentaciones necrológicas y en este terreno cumple con dignidad, ya que no con una altura casi imposible en este género.

ISABEL CAMPS ARREDONDO

CONOCIENDO el ambiente familiar y el círculo de amistades en que se desenvolvió la vida de esta *modesta* poetisa (el calificativo es de Ruiz Jiménez en *La Semana* de 27 de septiembre de 1877) nada tiene de extraño la constante y entusiasta dedicación literaria de Isabel Camps.

En efecto, Isabel Camps era hija de don Antonio María Camps y doña Juana Rosa Arredondo. Procedían los Camps de Cuenca y los Arredondo de Granada, pero la familia estuvo desde muchos años antes afincada en Jaén y giennenses fueron los hijos del matrimonio. Esta familia, sin conocidos bienes de fortuna, perteneció siempre a la burguesía ilustrada de Jaén y varios de sus miembros aparecen con frecuencia tanto en la vida social como en la literaria.

El hijo del matrimonio, Mariano Camps, fue un estimable poeta, muerto joven, del que quedan algunas muestras en periódicos, coronas y publicaciones de Jaén (33).

Una hermana de Isabel, Luisa, contrajo matrimonio con Antonio Almendros con el que, luego hemos de ver, mantuvo las naturales relaciones fraternas además de una admiración de Isabel hacia Antonio que le convirtieron en su auténtico mentor y consejero en cuestiones literarias. La amistad de la familia Almendros con la Camps venía de muy lejos, como lo demuestra el hecho de que una de las obras primerizas de Almendros «Misterios de amor», a la que puso música el maestro Sequera, está dedicada a la señorita «Belisa» (Isabel) Camps (34). Este hecho nos sirve de referencia para situar, por aproximación, la fecha de nacimiento de Isabel, ya que, en ese momento tenía Antonio Almendros veintidós años. Como Isabel era un poco mayor que su hermana Luisa, nacida en 1834, podemos situar hacia 1832 la fecha de nacimiento de Isabel, pues además en un acta notarial del 29 de noviembre de 1866 figura ésta con treinta y cuatro años y su hermana Luisa con 31 (35); por tanto, en el momento de la publicación de la poesía «Belisa» debería contar unos quince años.

De la vida de Isabel Camps es muy poco lo que se sabe; parece que, muerta su madre en 1866 y casada su hermana Luisa, el resto de la familia se trasladó a Madrid. Esto explica que el nombre de Isabel no aparezca en las frecuentes tertulias y veladas literarias que se celebraron en Jaén a partir de la década de los

(33) *Corona poética. El pueblo de Jaén al heroico pueblo de Madrid*, Jaén, 1854, pp. 11-15.

(34) *El Guadalbullón*, 10 de abril de 1847, pp. 125-126.

(35) A. H. Prov. Eufasio Bonilla. Leg. 7422, p. 223.

60. De vez en cuando, envía colaboraciones a los periódicos de su tierra como *El Ramillete* o *Revista Semanal*.

Tenemos noticias, sin embargo, de que en Madrid continuó trabajando, incluso en inesperadas tareas de traductora. Así Criado Domínguez nos da la siguiente y curiosa noticia, publicó: *El libro de los oráculos o de los secretos del destino universal por los Dioses, Diosas, Héroe y personajes más famosos de la Antigüedad* por Alberto Merlin; traducido del francés, Madrid, Imp. de F. Cao, 1879, en tomo de 252 páginas.» (36).

De un par de años antes, 1877, es la alusión de Ruiz Jiménez en *La Semana*, ya citada, en la que además de calificarla de «modesta» añade: «hoy, autora dramática». No he podido verificar si este *hoy* se refiere a alguna obra de teatro ya escrita o, tal vez estrenada, de que tuviera conocimiento Ruiz Jiménez o de simples proyectos teatrales conocidos en los cenáculos giennenses a través del portavoz familiar: Antonio Almendros.

Me inclino más por la última suposición por una interesante y larga carta autógrafa de Isabel que me facilitó el nieto de Almendros, don Antonio Almendros Soto, antes de morir.

Esta carta, fechada en Madrid el 7 de marzo de 1878 nos proporciona una serie de noticias hasta ahora desconocidas y que se refieren tanto a la propia Isabel como a Antonio Almendros.

Se refiere Isabel a un drama cuya copia había enviado a su cuñado poeta con la intención de alcanzar tanto su consejo como su ayuda. Parece que Antonio no lo entendió así y se lo devolvió. Insiste ahora Isabel: «espero que hagas un estudio detenido y me complazcas en lo que deseo de ti y que te diré después». Sigue con un párrafo que, por parecerme de interés, reproduzco íntegro:

«Ya sabes que García Gutiérrez no pudo terminar la corrección por ser atacado en el Museo Arqueológico, del que es director, de un ataque cerebral que puso su vida en gran peligro; en su convalecencia me escribió una carta cariñosísima en la que me decía la prohibición absoluta de los médicos de ocuparse en mucho tiempo de ningún trabajo mental y despidiéndose para su pueblo al que iba con seis meses de licencia».

Más adelante, dice Isabel que pensó acudir en consulta a otro poeta y «observando uno de los que descuellan ahora en la escena, leí que era muy aplaudido don Rafael García Santisteban que ha sido llamado a la escena en su última comedia *Yo quiero ser pobre*, en todos los actos y cuatro veces en el último».

(36) CRIADO DOMÍNGUEZ, Juan Pedro: *op. cit.*, p. 85.

Tal éxito y popularidad de García Santisteban hizo reflexionar a Isabel Camps, que se dijo: «...este hombre vale; este debe ser mi poeta consultor y le escribí una carta *ad hoc* espresándole (*sic*) mi deseo de que viera, juzgara y corrigiera la obra».

No debió de gustarle mucho a García Santisteban la obra por los reparos, cortesés y llenos de circunloquios, que le pone:

«...me dijo que la obra era bastante regular, aunque tenía la desventaja de ser de muy difícil ejecución, por no haber hoy actores que la hicieran y de que el gusto del público está gastado hasta el punto de que los furibundos dramas de Echegaray los oye, o sin comprenderlos o por ser un hombre como ese, que ha llegado a dominar las situaciones y el público, pero que, inventando algunos personajes más que formen el nudo del drama, haciendo difíciles algunas situaciones que ahora no son más que una bien hecha referencia, se puede sacar bastante partido trabajando algo más con esas nuevas (*sic*) condiciones.»

Como se ve, lo que García Santisteban propone a Isabel es que haga un drama completamente nuevo. La autora lo comprende y ahora acude a su cuñado al que admira entrañablemente con la pretensión de que «...me escribas un argumento que (...) pueda enlazar con la situación de la obra hoy (...) y que con tu consejo pueda hacerse grande y suficiente para el teatro».

Isabel, que debía de conocer la típica abulia de su cuñado, trata de estimularle con estas palabras en las que late tanto la admiración como la necesidad de ayuda:

«...tú eres tanto o más entendido que los de aquí; porque en vez de descorazonar te gusta alentar el trabajo de una mujer, que es meritorio en todos los casos, máxime en el decaimiento en que está hoy la literatura patria y en que tan pocas mujeres se atreven (*sic*) a esponer (*sic*) una obra de esta clase a la que sólo impulsa el buen deseo de dar algún esplendor a su nombre.»

Pero las palabras que habrían de complacer más a Antonio Almendros y con las que Isabel intentaba arrastrarle a la aventura madrileña a la que siempre, por timidez, desconfianza en sus fuerzas o, simplemente, apatía se había negado Almendros. Cuando Isabel escribe esta carta Almendros tiene ya 53 años y lo más fecundo de su vida y de su obra estaba logrado: en Jaén era el maestro indiscutido, el «vate» escuchado y respetado, el centro y eje de toda la vida cultural de Jaén y debió de parecerle muy duro y problemático lo que su cuñada le proponía. Pero veamos los siguientes párrafos que aportan nuevas noticias para comprender aspectos de las biografías de Isabel Camps, Antonio Almendros e, incluso, de las posibilidades de un autor dramático de éxito en la Villa y Corte:

«García Santisteban resulta ser muy amigo tuyo y de Mariano (Camps), de Tomás, de Juan Antonio (Viedma); le alegró mucho saber que pertenecías a

nuestra familia, te alabó extremadamente y no dijo más de una vez que te recordaba con mucho gusto, que has perdido y pierdes lastimosamente el tiempo ahí encerrado, que por tus condiciones especiales estás llamado a brillar en Madrid, puesto que muchos con menos capacidad hacen gran papel y, por último, que te vengas, que aquí puedes ser lo que quieras en cuanto te des a conocer y ganar el dinero que te dé la gana, porque el teatro es una mina inagotable. Él ha ganado con el libreto de la zarzuela *El potosí submarino* diez mil duros, poco más o menos con otras dos que no me acuerdo y con su última comedia que lleva unas doce representaciones le ha producido ya más de nueve mil reales».

Más adelante, añadiendo argumentos para convencer a Antonio, la anima a liquidar sus asuntos en Jaén y a conseguir un empleo o un periódico donde escribir en Madrid. Dice de García Santisteban que «...además de lo que le produce la pluma, está empleado en el Ministerio de Estado con treinta mil reales».

Sabemos que los tentadores cantos de sirena de Isabel no convencieron a Antonio que se aferró a la «aurea mediocridad» de su amado Jaén.

Por otra parte, los párrafos anteriores muestran el espíritu animoso, emprendedor y optimista de Isabel a la que no arredaban las dificultades que una mujer modesta y desconocida debía superar en la cerrada y misógina vida literaria madrileña. Sabemos que no lo logró pero fuerzas y entusiasmo no le faltaron.

Algún rasgo más puedo añadir para completar el conocimiento de la formación cultural de Isabel Camps. He dicho al principio que perteneció a una familia de la burguesía ilustrada de Jaén. Consiguientemente, recibió una educación más refinada de lo que era normal en la mujer de su tiempo. La citada traducción de la obra de Alberto Merlín prueba un conocimiento del francés que le abriría oportunidades normalmente vedadas a las damas.

Por otra parte, en un artículo de Joaquín Gómez de Torres, recuerda la vida musical del Jaén de su tiempo y los distinguidos aficionados que intervenían en veladas y representaciones de zarzuela u ópera (37). Entre ellos cita los conciertos «dados por la elegante y distinguida señora Concha Almendros (hermana de Antonio y casada con el también poeta y catedrático Folache) (...), Luisa Camps (mujer de Almendros) cantaba la parte de Eleonora en el miserere de «El Trovador». En Luisa Camps ha tenido el tiempo que destruir dos cosas: la voz y la hermosura, pues en su juventud fue de muy correctas líneas. Concha Camps, Estrella Folache y Elena y Adelina Moreno eran consumadas pianistas», «...saltan a mi memoria otros nombres que no debo dejar en el tintero, pues (...) Isabel Camps

(37) «Jaén, de belleza y de arte», *Don Lope de Sosa*, 1919, pp. 315-316.

(...) interpretaban el divino arte con suma habilidad en el armónico instrumento». Por lo que antecede, se ve que las lecciones del maestro Sequera a Isabel Camps no habían sido desaprovechadas.

Creo que, con lo dicho, si no una biografía detallada, sí puede conformarse un suficiente perfil de la formación cultural de la poetisa.

La obra poética de Isabel fue corta y no recogida en libro. Enumero, a continuación, la que he podido recoger y que no creo difiera mucho de su producción total:

- «Despertad, españoles...» (soneto), en la *Corona poética. El pueblo de Jaén al heroico pueblo de Madrid*. Jaén, 1854, p. 7.
- «¡No hay plazo que no se cumpla» en *Romancero de Jaén*, Jaén, 1862, pp. 54-58.
- «Divina inspiración, ven a mi mente!...» (soneto dedicado a Cervantes), en *Revista Semanal* de 23 de abril de 1874.
- «Orgullosa en su tallo se mecía...» (soneto) en *El Ramillete* de 15 de julio de 1871.
- «A la oración de la tarde», que empieza: «Es el anochecer hora que inspira...», en el *Álbum de El Industrial*, t. I, p. 69. Esta misma poesía la vuelve a publicar en las páginas 208-209 con notables y significativas variantes.
- «Nace el hombre y con él nace la llama...» (soneto dedicado a la inauguración del Ateneo), en *Álbum de El Industrial* t. I, pp. 101-102.

Además he encontrado dos poesías autógrafas y firmadas, pero sin fechar. Son las siguientes:

«La violeta y el sol»

«La Caridad»

Añadamos la novela corta titulada *Rosa* y publicada en *La Semana* (1877-1878) en varias entregas.

El soneto «Despertad españoles!...» de la *Corona poética* de 1854 es, probablemente, una de las primeras composiciones de Isabel Camps, seguramente la primera publicada. Y se nota, la poetisa de unos veinte años, rodeada de poetas familiares y aficionados no podría resistir la tentación de competir con quienes de manera desafortunada se lanzaron a cantar la pretendida gesta del pueblo madrileño que acabaría diluyéndose en una de las muchas asonadas decimonónicas.

Véanse los ingenuos, a fuerza de altisonantes, versos de los tercetos:

Vierte su noble sangre por doquiera

destruye la traición que le esclaviza
y en Vicálvaro clava su bandera
que el sol de libertad puro matiza...
y el lema es que el español venera
y Dios desde su trono diviniza.

La segunda composición conocida, entre las publicadas, es el ya citado romance «¡No hay plazo que no se cumpla!», título posiblemente sugerido por el dramón donjuanesco de Zamora.

El asunto —muy giennense como la mayoría de los que componen este interesante *Romancero*— es el conocido episodio del emplazamiento de Fernando IV ante el tribunal de Dios por los hermanos Carvajal, arrojados desde la impresionante eminencia de la peña de Martos. La versión del patético suceso resulta un poco fría —pese a la romántica proliferación de exclamaciones y admiraciones— en la pluma de Isabel Camps. No es difícil, sin embargo, hallar algún acierto descriptivo, nuncio de otros que vendrán en la obra de esta estimable poetisa:

Por un ángulo aparecen
con paso lento, tardío,
los nobles comendadores
que en busca van del martirio.
Llevan alta la cabeza,
y el mirar es atrevido
y en sus rostros se retrata
un desdén supremo, altivo.

La naturalidad, la fluidez y el ahorro de medios expresivos de estos versos compensan el envaramiento, rigidez y aun fallos métricos de, por ejemplo, estos otros:

Era el rey que tan sólo
veinte y cuatro años contaba,
de carácter violento,
arrebatao, entusiasta,
aunque justo y comedido
muchas veces se mostrara.

El asunto, tan entrañado en la tradición local, tentó a otros muchos poetas provinciales, entre otros a su cuñado Antonio Almendros que en 1890 concurrió, sin éxito, al certamen literario convocado por la Económica con «La cruz del lloro», poema largo y desigual pero de variada e interesante métrica.

El soneto «Divina inspiración, ¡ven a mi mente!» publicado en la *Revista*

Semanal del 23 de abril de 1874 está dedicada a Cervantes. Con ello, contribuye Isabel Camps al homenaje que, durante la década de los 70, dedicaban anualmente los poetas de Jaén al autor del *Quijote*. En este mismo número colabora, como hemos visto, Josefa Sevillano. No es fácil encontrar en este soneto rasgo personal alguno, ni siquiera, como en el caso de Josefa Sevillano y muchos otros, la seguridad de que Isabel Camps hubiera leído a Cervantes: tópicos, fraseología manoseada y elogios convencionales. Al menos, Isabel Camps, cumple correctamente con los cánones del soneto. Lo que no es poco.

Otro soneto, el publicado en *El Ramillete*, es el que empieza «Orgullosa en su tallo se mecía...». Sin pretensiones, con sencillez, opone el orgullo ostentoso de la rosa a la modestia de la blanca y esbelta azucena. A modo de minúscula parábola o apólogo floral tipo Selgas, concluye así la azucena:

No estoy en este sitio, con tristeza
la azucena responde, porque espere
que protección me prestes ni grandeza,
pues la que a nada aspira, nada quiere.
Y, si tu emblema es gracia y gentileza,
¡el mío es la virtud que nunca muere!

Ya he dicho que la poesía «Al anochecer» se publica dos veces en el *Álbum de El Industrial* con notables variantes. Sigo la versión segunda porque, además de parecerme mejorada, hay que suponerla como la definitiva que quiso la poetisa al volverla a publicar en la misma colección.

Es una composición en cuartetos endecasílabos. Un canto delicado al momento crepuscular en que la naturaleza invita a la reflexión y a la ternura admirativa hacia lo creado y hacia su creador. La poetisa acierta, a mi juicio, con cierta blanda laxitud en estos versos iniciales:

Es el anochecer hora que inspira,
en que el alma al pesar se entrega y llora;
la tenue luz del sol montes no dora
y el viviente rumor callando expira.
La flor entonces esparce sus aromas,
se oculta el ave entre la fronda espesa,
el claro arroyuelo en su murmullo cesa,
rápido huyendo de las agrias lomas.

Vuelvo a encontrar en esta modesta poetisa sensibilidad y un alejamiento de la grandilocuencia pretenciosa tan fáciles de detectar en sus compañeras. Su sentimiento del paisaje, su blandura melancólica —tan femeninas— me lleva a lamentar el escaso conocimiento que de su obra podemos tener. Termina, sin

embargo, con la obligada traslación a lo personal que tanto se prodiga en el pragmatismo de la poesía del momento:

Yo que la senda de mi vida sigo
rica en dolor y en que, transida el alma,
sólo en la soledad encuentra calma.
¡Hora de la oración, yo te bendigo!

El otro poema publicado en el *Álbum de El Industrial* se presta a un curioso comentario por razones extraliterarias. Pocas veces, como en este caso, podemos asistir al momento de la creación, a las dudas, titubeos, correcciones y mejoras que el poeta o personas ajenas a él van introduciendo.

He tenido la fortuna de encontrar la que considero primera versión autógrafa del soneto. Está escrita al dorso de una carta que la poetisa escribe a Antonio Almendros y en la que dice:

«Te incluyo un soneto que he escrito con el objeto de que sea leído la noche de la inauguración del Ateneo para que lo corrijas y me lo devuelvas a vuelta de correo: así me lo encargan. Dime tu opinión, que para mí es la preferida como sabes de siempre y me alegraré te guste; advirtiéndote que es de primera intención, hecho en muy poco rato y no lo he tocado hasta que tú lo veas. Lo que siento es que no sea leído esta noche por ti pues parecería mejor de esa manera.»

Añade al final: «Que pongas al soneto el epígrafe».

En esta carta late, como siempre, la profunda admiración que Isabel sentía por su cuñado y la confirmación del prestigio que, como recitador, tenía Antonio Almendros.

Efectivamente, al dorso está el soneto e, interlineadas, las correcciones que Almendros sugiere. Para su cotejo, transcribo la versión original y, al margen, las modificaciones del poeta consultado:

Isabel / Antonio

Nace el hombre y con él nace la llama/ del genio, cuya luz su monte guía, formando ese gran todo de armonía/ que proviene de Dios y el mundo aclama/	formando la magnífica armonía que inicia Dios y el universo aclama.
Genio creador que la atención reclama y que, sin remontarnos a otros días/ hoy ha abierto a las artes ancha vía/abre a las artes hoy extensa vía cual demuestran los hechos y la fama./que.....	y que, brotando en el primero día

Cuando impulsa la fe, todo se alcanza
 y hoy negar no podemos su existencia./
 Con generoso empeño el hombre avanza
 convirtiendo en verdad nuestra creencia.
 Y, pues colmada quede esta esperanza/A colmar esta célica esperanza
 Cantemos a las Artes y a la Ciencia.

Como se ve las correcciones del veterano poeta no son de gran entidad y, en mi opinión, no mejoran el original de Isabel. Tal vez el décimotercer verso quede más ceñido si toleramos ese relamido «célica».

Algo así debió de pensar Isabel que acepta, en la versión definitiva, muy pocas de las correcciones de Almendros, mantiene en general su primitiva versión e introduce alguna modificación personal o, conociendo su afición a consultar como en el caso de García Santisteban, ya consignado, aceptó la sugerencia de algún otro poeta. El caso es que el soneto publicado en el *Álbum* quedó así:

Nace el hombre y con él nace la llama
 del genio, cuya luz su mente guía,
 formando ese gran todo de armonía (No)
 que inicia Dios y el universo aclama. (Si)
 Genio creador que la atención reclama,
pues, sin fijarnos en lejano día
 abre a las artes hoy extensa vía (Si)
 que demuestran los hechos y la fama. (Si)
 Cuando impulsa la fe, todo se alcanza
 y negar no podemos su existencia: (suprime hoy)
 con generoso *impulso* el hombre avanza
 convirtiendo en verdad *débil* creencia.
 Y, pues *queda colmada* esta esperanza, (No)
 ¡cantemos a las Artes y a la Ciencia!

En el soneto que acabo de reproducir, versión de el *Álbum de El Industrial* he consignado al lado de cada verso si sigue la corrección de Almendros (Si), si sigue la propia (No) o si introduce variaciones nuevas propias o ajenas (subrayado).

En cuanto a la calidad del soneto, dado lo ocasional del tema, no eran de esperar grandes logros. Con motivo de la inauguración del Ateneo, que tantas esperanzas despertó, la mayor parte de los poetas conocidos cantaron su esperanza, sus reticencias o su escepticismo.

Dos son las poesías autógrafas que he conseguido de Isabel Camps y que no he visto publicadas, por lo que creo que pueden ser consideradas inéditas.

La primera, en romance, se titula «La violeta y el Sol» y es, como sugiere el

título, de tema floral. Por lo que llevamos intuido de la sensibilidad de la poetisa, parece natural esta dilección hacia el tema que tanto habían popularizado Selgas y, en menor medida, Arnao. No es, naturalmente, el simbolismo desgarrador de Rioja, sino el sentimentalismo dulce, muelle y melancólico entre el apólogo y la disgresión moral el que, siguiendo al poeta murciano, tienta a Isabel. Y en este terreno consigue un poema grato, intrascendente, sí, pero amable y melancólico al que desdichadamente, afean algunos versos duros o mal meditados.

El asunto, levísimo, narra la tristeza de una violeta nacida en la umbría sin poder recibir los besos del sol amado:

Tan sólo un tibio arroyuelo
su soledad acompaña
que, rodando murmurante
va a perderse entre espadañas.

El arroyuelo, compadecido, intercede ante el sol que:

la miró y quedó prendado
de tanta modestia y gracia.
Inundóla con su luz
y su amor le dio sin tasa.
Desde aquel día sus rayos
dulcemente la cercaban
Y, como amor es la vida
y la vida es esperanza,
la flor recobró su vida,
su frescura y su fragancia.

Una especie de largo idilio se establece entre la modesta flor y el sol:

él su amor le daba inmenso,
ella su esencia le daba.
Dulces las horas corrían,
rápidas para el que ama
y el astro se despedía
de la florecilla cándida
para hallarla a la otra aurora
más pura, más perfumada.

La moraleja, la moralina, es transparente: ningún amor, ninguna dicha humana son duraderas. Pese a los esfuerzos del arroyuelo para evitar lo inevitable:

ve perdida la esperanza
pues cada vez más marchita,
más mustia, más deshojada,

de su tallo desprendiéndose
yendo a morir a sus aguas.

La última poesía que he encontrado de Isabel Camps, también autógrafa, se titula «La Caridad», es un soneto y una exaltación de dicha virtud por encima de otras cualidades con que el hombre ha sido adornado por Dios: el sentimiento, la ternura, la fe, la ciencia, la esperanza. Así lo expresa en los tercetos:

Cual corona a conjunto hermoso
la caridad en él descuella ardiente:
de confin en confin y sin reposo
corre, salva, consuela al indigente.
¡Oh Caridad! ¡El Todopoderoso
te hizo del alma luz, de dicha fuente!

Pocos elementos de juicio tenemos para valorar con cierta aproximación la obra de esta poetisa. Como ya he indicado, el entorno familiar y sus relaciones amistosas tuvieron que influir en una sensibilidad delicada, cultivada en el amor a la música y a la lectura. Si le añadimos unas dotes estimables para el ritmo y un gusto natural en la selección del léxico, habremos de concluir en que se trata de una poetisa modesta pero interesante que, de vez en cuando, logra expresarse con dulzura y sentimiento. Por lo que de ella conocemos, creo que, si hubo un tipo de poesía al que se pueda calificar de femenina, esta es la poesía en la que encaja Isabel Camps.

OTRAS POETISAS

Además de las ya estudiadas, aparecen en distintas revistas y publicaciones de Jaén, de manera esporádica, una serie de nombres de poetisas de Jaén o su provincia o de otras regiones españolas que, con frecuencia, son eso, puros nombres.

En mi deseo de recoger lo más completa posible la relación de mujeres que con varia fortuna intentaron la aventura poética, consigno a continuación las escasas noticias que me ha sido dado recopilar, así como sus colaboraciones más destacadas.

OTRAS POETISAS GIENNENSES

Tal vez una de las más antiguas y de la que se conserva una mayor cantidad de poesías es Josefa Moreno Nartos.

De ella ya aparecen composiciones en *La Alhambra*, de Granada, de 1840; en *La Tarántula*, también en Granada, de 1842 y, por último, en *El Guadalbullón*, de Jaén, de 1847. El hecho de aparecer tantas poesías en publicaciones granadinas hace suponer a Caballero Venzalá, que nació en la vecina ciudad. Sin embargo, posee una poesía autógrafa titulada *Baeza*, en cuyo primer verso se lee: «Grandes son tus recursos, patria mía», lo cual parece una confesión expresa de su lugar de nacimiento.

De todas maneras está clara su vinculación granadina tal vez por motivos de residencia; el propio Caballero Venzalá me proporciona la noticia de que perteneció al viejo «Liceo de Santo Domingo» y que, desde Jaén, colaboró en la *Corona Poético-Musical del Caballero Azzara* (1852).

Su contribución a *El Guadalbullón* es muy nutrida; hasta siete composiciones. Son las siguientes:

«Oriental», formada por quince quintillas más una octavilla aguda. Se trata de una de las muchas orientales de filiación zorrillista en la que el caballero árabe ofrece sucesivos presentes a la cautiva cristiana a cambio de que se quede con él y corresponda a su amor; sin embargo, a ruegos de la cristiana y según la tradicional caballerosidad árabe, le concede la libertad y la ve marchar entre penas y suspiros.

«En el Álbum de la Srta. Doña D. S.» es la clásica poesía convencional de felicitación y deseos de prosperidad.

«El recuerdo. El heliotropo marchito» es, tal vez, la mejor composición que he leído de esta poetisa, al menos por lo que se refiere a su habilidad como versificadora y por una cierta originalidad en el ensayo y logro de variantes métricas. Esta poesía está dividida en cuatro partes de distinta estructura y en todas ellas resalta un infrecuente dominio técnico.

La primera parte está versificada en un tipo peculiar de octava de versos dodecasílabos en la que riman en agudo los versos 2.º y 4.º, 6.º y 8.º, con la particularidad de que introduce una rima interna entre los versos 1.º-2.º; 3.º-4.º; 5.º-6.º; 7.º-8.º rimando el final de verso con el hemistiquio del siguiente:

«¡Oh flor venturosa que el aire embalsamas,
que en torno derramas suavísimo olor,
escucha mis preces, escucha mi ruego
y préstame el fuego que inspira el amor;
tan bella, tan pura, tan llena de encanto
semejas el llanto de tierna beldad,
cuando alza sus ojos velando el semblante
que inunda un instante celeste ansiedad!»

La segunda parte del poema está formada por estrofas de ocho versos tetrasílabos con la siguiente rima: aabc'ddec' es decir que deja libres los versos 3.º y 7.º. Luego cambia a la tradicional octavilla aguda, tan frecuente en el Romanticismo, pero mantiene los versos tetrasílabos, lo cual es menos frecuente.

La tercera parte está versificada en sextillas agudas octosílabas.

La cuarta está formada por estrofas de cuatro versos endecasílabos que riman en consonante aguda los pares y deja libres los impares. También esta combinación es muy poco usual. Ni siquiera Navarro Tomás la describe:

«¡Murió un instante, celestial sonrisa
 por sus mejillas de carmín vagó
 y envuelta en tenue, virginal suspiro,
 al alma pura de la tierra huyó.
 Acaso, acaso pronunciaba un nombre,
 nombre querido, bálsamo de amor
 que, en su delirio, repitió mil veces
 con apagado funeral clamor.»

En «Desengaño» se lamenta la autora de buscar placeres que no alcanza y perder los goces de la edad florida. Está escrita en quintetos con heptasílabo final, muy usados por el duque de Rivas, José Joaquín Pesudo y Vicente Wenceslao Querol.

Las dos siguientes poesías «A... él» y «A mi querida sobrina Lorenza M. F.» son dos poesías poco destacables; la primera, amatoria, es aceptable pero llena de tópicos; en la segunda advierte a una joven para que goce de la inocencia de la juventud y le previene contra amarguras y desengaños de la madurez. Por el tema y por la forma de desarrollarlo, se mantiene en una línea de transitada vulgaridad.

«Al señor don M. R. de Vargas» está definida por la dedicatoria y se corresponde con otra análoga publicada por esas mismas fechas y en la misma revista por la granadina Enriqueta Lozano. Lo único interesante que podemos deducir del texto es la ya citada vinculación de la autora con Granada.

De Rosa Butler y Mendieta no tengo más datos que los que proporciona el *Diccionario Bio-Bibliográfico del Santo Reino*, de Caballero Venzalá, es decir, que nació en Jaén el 18 de junio de 1821, que comenzó a publicar cuando sólo tenía diecisiete años, que colaboró en periódicos de España y de América y que publicó un ensayo titulado «La creación del Mundo» y una poesía dedicada a Carolina Coronado titulada «Flor de hermana». Erróneamente, Cossío la considera gaditana por haber residido mucho tiempo en Puerto Real. Por más esfuerzos que he hecho, no he podido encontrar ninguna poesía suya en publicaciones giennenses.

María Josefa García de la Peña es la autora del romance «La Virgen de la Coronada» publicada en *El Romancero de Jaén*, y posteriormente en *La Semana* del 21 de febrero de 1878. En este romance, de forma ingenua y sencilla, se relata el descubrimiento de la imagen de la Virgen Coronada que había permanecido guardada bajo una campana, frente a la Puerta de Martos, durante la dominación musulmana. Del traslado de esta imagen a su iglesia se ocuparon en su momento Josefa Sevillano, Moreno Castelló y Almendros Aguilar.

De fecha mucho más tardía, he encontrado una poesía autógrafa de esta poetisa dedicada «A la Fuente de la Peña». Está fechada el 23 de febrero de 1872 y es una lánguida y melancólica composición en silvas que parece como una despedida del ameno lugar:

«Creación maravillosa,
agua dulce, purísima y brillante,
sólo queda un instante
de poderte admirar y el alma mía,
aunque después sufriendo
un día y otro día
recordará riendo
que a tu margen hermosa
un momento creíme venturosa;
y escribiré yo ufana
de tu belleza el delicioso encanto
y allá en mi soledad veré en mi canto
el cuadro embriagador de esta mañana».

Está claro que no he copiado estos versos por su valor poético sino porque me eximen de cualquier valoración.

De María Dolores Reig sólo poseo algunos datos procedentes del expediente matrimonial de su hijo, el conocido periodista y poeta Eduardo Solís y Reig. Por este expediente sabemos que María Dolores Reig nació en Martos y allí residió la mayor parte de su vida. En él consta, asimismo, que su marido, Manuel Joaquín Solís Núñez, los abandonó cuando Eduardo tenía un año y que madre e hijo permanecieron en Martos al amparo de los padres de M.^a Dolores.

Con estos datos no nos puede extrañar el trasfondo que se puede deducir de su única poesía conocida titulada «Lágrimas» y publicada en *El Guadalbullón*, poesía pesimista como su título indica y en la que la autora se interroga e interroga a Dios sobre el por qué de tanta desolación, desengaños y miserias de este mundo. En medio de tanto dolor, inquiere sobre la existencia de otro mundo que justifique tanto sufrimiento:

«¿No hay mundo mejor? ¿No hay un estado
eterno y venturoso en que se vive,
sin lloro gota a gota derramado
do el dolor eternal no se percibe?»

De Ana María Venera no tengo más datos que un soneto publicado en *El Guadalbullón* y titulado «A una rosa» y otro, en la misma colección, dedicado «A Guzmán el Bueno, al oír representar el sublime drama escrito por don Antonio Gil de Zárate».

El primero, en la línea clásica de Rioja pero a infinita distancia del modelo, guarda cierta dignidad métrica y una valiosa contención. El segundo, responde a la dedicatoria y al mediocre valor del drama a que va dedicado.

Araceli Escalante y Escalante nació en Jaén el 19 de septiembre de 1831 y fue bautizada al día siguiente en la parroquia de San Lorenzo. Publica en *Obsequios poéticos a la Virgen de la Capilla* las siguiente poesías que me limito a enumerar: «Virgen llena de gracia, Madre amada...» (1861), «Virgen bendita, cándida azucena» (1864), «Aves canoras, dadme armonía...» (1865).

De Marcela Escovar puedo decir que era de La Carolina y que he encontrado una poesía autógrafa titulada «A Dios. Admiración». Está fechada en La Carolina el 12 de febrero de 1857. La poetisa admira a Dios en lo grande y en lo pequeño, en lo amable y en lo temible. Se aprecia, en los abundantes fallos métricos y en la imprecisión del vocabulario, que se trata de una mera y contumaz aficionada que, de vez en cuando consigue algún acierto de expresión. Esta versificadora publicó también en los *Obsequios...* de 1864 la poesía «A vos, Madre amorosa...» en octavillas agudas heptasílabas y fechadas varios años antes, casi por los mismos días que el poema anterior: «La Carolina», 9 de febrero de 1857.

De Enriqueta Anguita puedo citar dos composiciones: una, aparecida en los *Obsequios...* de 1883 que comienza: «Vengo a ofrecerte María...», en cuartetas y un soneto autógrafa titulado «Al toque de oraciones». De la primera, no creo necesario hacer la menor referencia. En cuanto al soneto es una apocalíptica admonición para que el hombre abandone todo goce terreno. El soneto se condensa en el cuarto verso del primer cuarteto que dice: «Piensa, mortal, si vivirás mañana». No eran precisamente unas campanillas estas poetisas antepasadas nuestras.

Más documentada está la prolífica escritora M.^a del Pilar Contreras de Rodríguez, que nació en Alcalá la Real el 12 de octubre de 1861 y murió en Madrid en 1930. El segundo apellido, Rodríguez, es el de su esposo, pues el suyo es Alba. Estudió en la Escuela Normal de Jaén. Además de poesía, escribió música. Como

compositora, fue premiada en la Exposición Provincial de Jaén por una tanda de vales titulada «Cástor y Pólux». También compuso la música de las zarzuelas «Entre castaños», «La Virgen del Torrente» y diversos himnos. Desde 1890 residió en Madrid, donde dirigió *El amigo del hogar*. Colaboró también en *Blanco y Negro* y *Eco de Alcalá*.

Entre sus libros de poesías hay que mencionar *Páginas sueltas* (Madrid, 1903), *Entre mis muros* (Madrid, 1907) y *Mis distracciones* (Madrid, 1910). También colaboró con la poetisa madrileña Carolina de Soto y Corro en una serie de piezas teatrales que publicaron en seis volúmenes con el título de *Teatro para niños* (Madrid, 1910-17). La mayor parte de estos datos los debo a la amabilidad de Manuel Caballero Venzalá, el excepcional bibliógrafo giennense.

También en la revista *Don Lope de Sosa* hay noticias de esta poetisa. Por ejemplo, un artículo encomiástico debido a Antonio Alcalá Venceslada (38) y otra referencia al Certamen Científico-Literario de la Cruz Roja de Cartagena de 1916, en que María del Pilar Contreras fue premiada por dos poesías (39).

Por su parte, Cazabán (40) elude cautelosamente un juicio alegando que la poetisa está suficientemente juzgada por la crítica. Lo más que dice es lo siguiente:

«Todos estos trabajos, inspirados en un consolador altruismo, en una cariñosa enseñanza, en un eterno himno a la vida sencilla, al elogio de los placeres que canta la anacreóntica».

Como se ve, palabras poco comprometedoras para una poetisa que aún vivía y estaba en plena producción.

A María del Pilar Contreras no podemos juzgarla por lo publicado en Jaén que, o no existió, o debió de ser muy escaso porque nada he podido encontrar. Sólo puedo hablar de la poesía que Cazabán reproduce en el libro citado y que es un soneto titulado «Autobiografía» en el que la poetisa se declara tal «por rigor del hado», habla de su vocación, de su honestidad y termina con estos tercetos:

«Aún ignorada sigue la obra mía;
me agito en un ambiente de poesía;
me llama el arte con divinas voces.
Y hallé, tras mi trabajo harto infecundo,
todas las injusticias... en el mundo
y, dentro de mi hogar... ¡todos los goces!»

(38) *Don Lope de Sosa*, año 1917, p. 364.

(39) *Don Lope de Sosa*, año 1917, p. 31.

(40) CAZABÁN, Alfredo, *op. cit.*, pp. 35-36.

Poco es, como se ve, y escasamente alentador para juzgar a una poetisa tan prolífica. Quede constancia de María del Pilar Contreras en gracia a su origen giennense.